



Tipo de documento: Tesina de Grado de Ciencias de la Comunicación

Título del documento: El Odio en el Alma Nativa

Autores (en el caso de tesis y directores):

Elías Alejandro Fernández

Victor Taricco, tutor

Datos de edición (fecha, editorial, lugar,

fecha de defensa para el caso de tesis: 2022

Documento disponible para su consulta y descarga en el Repositorio Digital Institucional de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.
Para más información consulte: <http://repositorio.sociales.uba.ar/>

Esta obra está bajo una licencia Creative Commons Argentina.
Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 4.0 (CC BY 4.0 AR)



La imagen se puede sacar de aca: https://creativecommons.org/choose/?lang=es_AR



Elías Alejandro Fernández

El Odio en el Alma Nativa

Tesina para optar por el título de Licenciado en Ciencias de la Comunicación Social

Facultad de Ciencias Sociales

Universidad de Buenos Aires

Tutor: Victor Taricco

Buenos Aires

Año 2022

Introducción

La segunda década del siglo XXI nos encuentra en un clima social donde las expresiones de odio circulan con una alarmante profusión. El crecimiento de la derecha radical, la anulación del derecho al aborto en EEUU, las resistencias a los movimientos feministas, la xenofobia vinculada a los desplazamientos poblacionales, los ataques al movimiento LGBTIQ+ y el surgimiento de referentes políticos conservadores autodenominados libertarios, son apenas las más representativas de estas expresiones.

No se trata ya únicamente de un conservadurismo moralizador tradicional, sino de posiciones políticas plagadas de misoginia, homofobia, racismo, xenofobia y autoritarismo. Estos grupos sociales y políticos buscan erigirse como una corriente antisistema y radicalmente crítica del actual sistema democrático.

Los discursos de odio han encontrado raigambre institucional en gobiernos como el de Jair Bolsonaro, en Brasil y en el de Donald Trump en Estados Unidos, al tiempo que distintos grupos sociales, antes dispersos, hoy se han organizado políticamente. En la Argentina, los grupos libertarios que denostan el sistema democrático, profieren amenazas a distintos grupos sociales, atacan el movimiento de mujeres y LGTBI+ y reivindican la última dictadura militar, están compuestos en su mayoría por varones heterosexuales jóvenes y encuentran en los medios de comunicación la caja de resonancia que amplifica sus mensajes, mientras crece su adhesión electoral de la mano de la crisis económica.

Con los nuevos fascismos, la agenda se adecúa al neoliberalismo con un poco de nacionalismo y se complementa con matices de conservadurismo. Las reivindicaciones neoliberales vienen acompañadas de una voluntad punitiva contra todo lo que aparezca conspirando contra un orden social imaginario extraviado.

La situación no es exclusiva de la Argentina. En septiembre de 2021 Chile ha sido foco de violentas protestas contra los migrantes venezolanos. En España, Vox ha hecho bandera de estas narrativas de odio. También en España se han dado en agosto y septiembre de 2021

marchas neonazis por las calles de Madrid. La Liga Norte, en Italia, es otro ejemplo de movimiento que acompaña su accionar con discursos de odio que ha alcanzado notoriedad tras muchos años de permanecer invisibles. Francia, por su parte, ha vivido un Ballotage que incluyó a la líder ultra-derechista Marine Le Pen, quien cosechó el 41% de los votos. En Brasil, durante julio de 2022, ocurrió el asesinato de un dirigente del PT por un fanático bolsonarista al grito de “Bolsonaro presidente”.

Es por eso que consideramos necesario reflexionar sobre esta cuestión, ya que estas expresiones, que no son aisladas sino que más bien sistemáticas, constituyen una amenaza a la vida democrática, al ejercicio de la libertad y los derechos humanos.

Entendemos que en la historia argentina podemos encontrar ya las huellas de esos discursos de odio que, hoy multiplicados, atentan no sólo contra el sistema democrático sino también contra el ejercicio pleno de los derechos humanos. Es por eso que un trabajo sobre estos discursos nos exige historizarlos para entender la actual presentificación del pasado.

Nuestro trabajo se propone, a través de una revisión histórica, realizar una arqueología de los discursos de odio en momentos constitutivos de la cultura nacional analizando la obra del poeta Leopoldo Lugones, ya que entendemos que muchos elementos de las discursividades odiantes que hoy se multiplican encuentran su raíz en imaginarios heredados de hace muchos años y que podrían haber hallado su lugar en el canon de la literatura nacional a partir del trabajo de este escritor.

Consideraciones preliminares

Para llevar adelante el análisis de los textos señalados, tendremos en cuenta el trabajo de Finchelstein (2015), quien toma el mito de origen como elemento fundacional en la identidad de una nación, en especial para ideologías antidemocráticas que transforman al *Otro*¹ en un objeto a

¹ Nos referimos aquí al gran Otro lacaniano, que “designa la alteridad radical, la otredad que trasciende la otredad ilusoria de lo imaginario, porque no puede asimilarse mediante la identificación. Lacan equipara esta alteridad radical con el lenguaje y la ley, de modo que el gran Otro está inscripto en el orden de lo simbólico. Por cierto, el gran Otro es lo simbólico en cuanto está particularizado para cada sujeto. El Otro es entonces otro sujeto, en su alteridad radical y su singularidad inasimilable, y también el orden simbólico que media la relación con ese otro sujeto” (Evans, 2007, p. 143).

neutralizar y/o eliminar. La construcción del *Otro*, señala Halpern (2021), “expresa dos operaciones discursivas simultáneas: Produce una otredad y la inviste como odiable, indeseable. Es en esa operación (que es ideológica y política) que se generan las condiciones (no solo retóricas) de producción discursiva del odio” (p. 103).

Entenderemos a los discursos de odio como prácticas sociales que producen, o intentan producir, derechos a la legitimidad ciudadana y al ejercicio de la ciudadanía, como frontera para el ejercicio o la obtención de derechos. En tanto prácticas sociales de producción de sentido, éstos discursos deben considerarse como producciones insertas históricamente, motivo por el cual resulta relevante rastrear las condiciones histórico políticas en que surgieron estas narrativas autoritarias y discriminatorias., durante el *momento romántico* de la historia argentina.

En el texto *El Payador*, Lugones (1916) reivindica la figura del gaucho para asimilarlo al mito de origen que buscaban las élites porteñas para hacer frente a los cuestionamientos que reciben de los sectores subalternos. Siguiendo a Raymond Williams (1997), diremos que las elites porteñas pusieron en marcha una operación de *tradición selectiva*, entendiendo que se trata de “una versión intencionalmente selectiva de un pasado configurativo y un presente preconfigurado, que resulta entonces poderosamente operativo dentro del proceso de definición e identificación cultural y social” (Williams, 1997, p.137).

El ejercicio de esta tradición selectiva, sirve también como guía de análisis para el estudio de la acción de las elites porteñas contra la institucionalidad democrática durante el período 1912-1930 a través de asociaciones como la Liga Patriótica y la Legión Cívica en tanto grupos paramilitares anti-izquierdistas y de base xenófoba. La acción de estas asociaciones se produciría en momentos de la llegada masiva de inmigrantes y del avance de las reivindicaciones obreras. Estos grupos paramilitares serían protagonistas de episodios de violencia como la Semana Trágica (1919) y la Patagonia Rebelde (1920 - 1922).

Las acciones de la prensa conservadora de la época, como *La Nación*, *La Prensa* y *Crítica* minaron la imagen pública del gobierno constitucional mientras que publicaciones de la élite como *La Nueva República* junto las publicaciones y discursos de Lugones ensalzaban a los

militares como salvadores de la nación. La desconfianza hacia el sistema representativo, la aversión hacia los sectores populares y los extranjeros, el “anticomunismo sin comunismo” (McGee Deutsch, 1999) y el patriarcalismo, son elementos que se destacan en la etapa de referencia y que podemos encontrar vigentes aún hoy en día. Buscar las huellas de ese odio que se encuentran en el pasado será el objetivo de nuestro trabajo.

Para una arqueología de los discursos de odio

Siguiendo la obra de Michel Foucault (2010), nos proponemos realizar una arqueología de los discursos de odio en tanto herramienta que nos permita encontrar en la obra de Leopoldo Lugones las marcas históricas de un discurso discriminatorio y antidemocrático que hunde sus raíces en una tradición autoritaria que llevó al golpe de Estado del año 1930.

Según Halpern (2021), los discursos de odio poseen especificidades propias de sus tradiciones fundadas en una voluntad de supresión de la alteridad. Entendemos que la importancia de realizar una arqueología de los discursos de odio radica en que si no colocamos a esta narrativa en una trama temporal, “corremos el riesgo de descubrir una problemática desconociendo aquellos procesos históricos, sociales y culturales que le dan densidad” (Halpern, 2021, p. 98).

Para realizar nuestra exploración histórica de los discursos de odio, tomaremos tres textos de Leopoldo Lugones publicados durante el primer tercio del siglo XX. Se trata de *El Payador* (1916), *La hora de la espada* (1924) y *La hora del destino* (1930), publicados por el *poeta nacional* a principios del siglo XX. El momento de la escritura de estos textos se caracteriza por el despliegue de ideas autoritarias típicas de principios del siglo XX, el fascismo, la resistencia a las personas migrantes y las luchas obreras y la puesta en cuestión del orden democrático en respuesta a la ley Sáenz Peña (1912).

Durante 1913, Lugones presentó una serie de ponencias en el teatro Odeón frente a un auditorio entre el que se contaba el entonces presidente de la nación Roque Sáenz Peña. Dichas ponencias, por las que fue ovacionado, serían compiladas y publicadas en 1916 bajo el título de *El Payador*. En este libro Lugones rescata al gaucho como representante de la argentinidad y el

ser nacional frente a la ola migratoria. *La hora de la espada* (1924), en cambio, fue un discurso pronunciado durante el gobierno de Alvear, del cual Lugones fue funcionario, en el que llamaba a los soldados a salvar a la patria, antecedente directo de *La hora del destino*, texto apenas anterior al golpe de Estado de 1930, donde se pone en tela de juicio la institucionalidad democrática y el derecho al voto de las grandes mayorías.

Hemos elegido este momento histórico debido a su coincidencia con el período que es inaugurado con las primeras formas de las democracias representativas en el país (aunque las mujeres no tuvieron acceso a la representación política hasta la implementación de la reforma electoral de 1951), luego de la consolidación nacional y que concluye con el primer golpe de Estado de la historia argentina. Se trata de un momento de fuerte resistencia de las élites conservadoras a las migraciones y a un “anticomunismo sin comunismo”, como lo denomina la historiadora Sandra McGee Deutsch (1986), en referencia a la tendencia de los las élites porteñas a designar como comunista a todo aquél que profesaba opiniones opuestas a las concepciones oligárquicas, por más que se tratase de un demócrata o un liberal.

Esta reacción, con fuertes rasgos antisemitas, y llegará al punto de fundar grupos paramilitares que, en conjunción con las fuerzas de seguridad, se organizarían para perseguir y atacar contra las organizaciones obreras y los migrantes europeos, especialmente los de origen judío..

Nuestra hipótesis es que se puede trazar, a partir de un trabajo hermenéutico sobre las obras citadas, una arqueología del odio y sus discursos, que buscará principalmente las continuidades entre los textos de Lugones y las expresiones discriminatorias y segregacionistas que circulan en nuestros días, sin que esa búsqueda implique construir equivalencias entre esos odios y los de hoy.

Siguiendo a Michel Foucault (2010), entendemos que la formación de un discurso se relaciona con un conjunto de relaciones que limitan y determinan los discursos emergentes. Nadie puede hablar por fuera de su época, puesto que la *episteme* está sujeta y por tanto también

las personas. Las condiciones del momento abren espacios donde confluyen las relaciones, sujetándonos a una red de dominio, saber y poder².

El lenguaje atraviesa toda la vida social, condicionando nuestras acciones, las formas de pensar y las reglas de lo decible. La *episteme*, entendida como la totalidad de la práctica discursiva unida a una época determinada, forma figuras que se van institucionalizando y van desenvolviendo en el espacio del saber nuevos saberes constituidos por nuevas condiciones y dominios.

Foucault plantea ver la historia desde sus discontinuidades y rupturas para poder profundizar en el análisis de los dominios discursivos, que fundamentan o sujetan el conocimiento y los saberes en un momento determinado. Entendemos que es preciso analizar el discurso en el contexto cultural donde emerge y se instala como verdad. Es por eso que debemos considerar epocalmente los discursos para entender qué figuras epistemológicas que se estaban liberando en el momento que nos ocupa permitieron nuevos dominios, es decir, nuevos poderes para hablar de un *Otro*.

El proceso político que inicia con el derecho al sufragio para los hombres y concluye con la supresión del orden político que ese derecho venía a construir, fue acompañado por discursos que buscaban limitar el ejercicio de los derechos y las libertades que un régimen democrático implica. En este sentido, es importante ver cuáles son los elementos discursivos que entre 1912 y 1930 posibilitaron las emergencias de discursos acerca de la amenaza izquierdista y migrante, el rol de la mujer y, sobre todo, el riesgo para la élite porteña de perder sus privilegios.

A la hora de analizar los mitos nacionales entenderemos que estos constituyen, como señala Christian Ferrer (2009), “verdades duras de roer, (...) cristalizaciones de la experiencia enraizadas somáticamente a la vida colectiva” (p. 40). Siguiendo a Henry Rousso (2007), sostenemos que “ser conscientes de nuestra posición anacrónica nos permite jugar con esa

² “Al buscar, en el espesor histórico de las ciencias, el nivel de la práctica discursiva, no se quiere devolverla a un nivel profundo y originaria (...) se quiere hacer aparecer entre positivities, saber, figuras epistemológicas y ciencias, todo el juego de las diferencias, de las relaciones, de las desviaciones, de los desfases, de las independencias, de las autonomías, y la manera en que se articulan las unas sobre las otras sus historicidades propias” (Foucault, 2010, p.248).

posición derivando lecturas de hechos sociales que son merecedores de examen” (p. 37). Rousso alude a la “brutal presentificación” del pasado: el hecho de que una cuestión vuelva a ser un tema de inquietud en la realidad de una nación, como es el caso de las narrativas de odio en nuestros días.

Esta arqueología de los discursos de odio implica partir del saber presente, analizar hechos del pasado y buscar en ellos los elementos heredados que persisten culturalmente y conectan los años ‘20 del siglo XX con nuestra época.

Para analizar la configuración de un orden discursivo en el que el odio ocupaba un lugar central, será útil conceptualizar a estos discursos como *discursos sociales*, noción que tomaremos de Angenot (2010) que los entiende como a matrices productoras de sentido que configuran límites de lo decible y pensable en un momento dado, y que habilitan acciones y nuevos discursos en el plano de las interacciones.

A la hora de observar cómo operó el odio desde 1912 hasta 1930, será importante hacer un recorrido histórico por los trabajos cuyo anclaje nos lo darán David Rock (1989), Alain Rouquié (1986) y McGee Deutsch (1986, 1999). En particular, Rock proveerá una aproximación histórica más limpia de matices locales, mientras que Rouquié denotará cuestiones ligadas al poder militar y de la élite durante los años ‘20. y Nombre McGee Deutsch nos proveerá dimensiones vinculadas al carácter reaccionario del momento, las acciones contra las reivindicaciones populares y las características de las derechas en dicha época.

En pos de realizar una aproximación histórica de los discursos que definen la identidad nacional a fines del siglo XIX, recurriremos al libro *El momento romántico*, de Elías Palti (2009). Para ubicarnos en un panorama de los distintos discursos que a fines del siglo XIX y principios del siglo XX pugnaban por la constitución de una identidad nacional y que llevaron a la creación de *El payador* como ponencia, recurriremos al trabajo de Terán (2000). Por su parte, Borges y Edelberg (1998) nos darán una apreciación de la figura intelectual de Lugones y su búsqueda literaria en pos de un *Alma Nativa*.

Para explorar las expresiones de odio, el racismo y el antisemitismo, recurriremos a los aportes de Sartre (1988), Laclau (2005), Traverso (2018), Kiffer (2020), Lazzarato (2020) y Tatián (2021). También recurriremos a los trabajos de Finchelstein (2015) y al texto *La personalidad autoritaria*, de Theodor Adorno (1965) que nos proporcionará una aproximación al tipo de individuo afín a las narrativas de odio. Enfrentar el pensamiento de Jauretche (1957) con el de Martínez Estrada (1948) nos permitirá rescatar los valiosos aportes de cada uno en relación al *Martín Fierro*, y de cómo la figura del gaucho es reivindicada en *El Payador* como central en la configuración de la identidad nacional.

1era parte: Contexto histórico. El odio en el *Alma Nativa*

Entre finales del siglo XIX y principios del siglo XX existió en nuestro país una preocupación intelectual por definir los fundamentos de la identidad nacional. Entre ellos, Leopoldo Lugones se destacó por buscar los orígenes del *Alma Nativa* (Terán, 2000), un modelo de nacionalidad argentina propuesto por el poeta nacional en base a valores y tradiciones locales, que entroniza al gaucho como representante máximo de la identidad nacional. A partir del año 1916, en un clima político y social asediado por la crisis económica, la llegada de inmigrantes y los precios afectados por la guerra mundial, esta preocupación intelectual tuvo su correlato político en un movimiento conservador-nacionalista alimentado por discursos que promovían la discriminación y la segregación de los sectores populares, las personas migrantes, los presuntos izquierdistas, los pobladores originarios y las personas que profesaban el judaísmo.

Si bien Lugones no fue el primero en expresar estas ideas reaccionarias, como señala McGee Deutsch (1986), se declaró abiertamente enemigo de aquellos que habían “traído la discordia, perturbando la paz y la armonía que hasta entonces habían reinado en el país”. Para el poeta, era necesario declarar la guerra a estos rebeldes, una guerra de argentinos contra migrantes donde el pueblo debía “afirmar su amor por la patria y encolumnarse detrás de sus fuerzas armadas” (McGee Deutsch, 1986, p. 198).

Lugones también denunció el electoralismo, el abultado presupuesto nacional, la excesiva burocracia estatal y la corrupción, a la que consideraba la marca distintiva del sistema democrático representativo. El poeta superaba a sus contemporáneos en expresiones públicas de simpatía con el militarismo y en rechazo de la democracia. Para él era absurdo que los votos de todas las personas valieran lo mismo cuando los ciudadanos difieren entre sí, siendo que “los más débiles excedían en número a los más fuertes”. Para Lugones, decir fuerza era equivalente a decir autoridad (McGee Deutsch, 1986).

El ensayista y crítico literario Ezequiel Martínez Estrada escribió *Muerte y transfiguración de Martín Fierro* (1948), un extenso ensayo que nos servirá de contrapunto con *El payador* para encarar sus visiones sobre el poema de José Hernández. En dicho ensayo, se

aduce que los ataques al indio y al gaucho eran “el sedimento de tres siglos de nuestra vida nacional”, y que podían “faltar en los libros sin que los lectores perciban el hiato, pero forman parte del texto de la realidad en que los niños aprenden a pensar antes de que se les mande a la escuela” (Martínez Estrada, 1948, p. 191).

Con el objetivo de generar un modelo de ciudadanía legítima que excluyese a los elementos sociales populares y los procedentes del exterior (y fundamentalmente aquellos que comulgaban con el comunismo o el anarquismo) y que reafirmara el triunfo de la civilización sobre la barbarie indígena, en los primeros decenios del siglo XX la clase dominante argentina inició una querrela simbólica por la nacionalidad enfrentando diversas ideas y proyectos de identidad nacional.

La conformación del *Alma Nativa* no fue un proyecto exclusivo de Leopoldo Lugones, sino que varios intelectuales argentinos antiliberales se abocaron a él, buceando en el presunto fondo de la patria para encontrar la verdadera identidad del pueblo argentino, "este pueblo heterogéneo y de inmigración" (Terán, 2000, p. 355). Al mismo tiempo, las ideas naturalistas y de preeminencia del ejercicio del poder a través de la fuerza que promulgaban Lugones y sus contemporáneos tuvieron raigambre en el clima de ideas políticas autoritarias que llevó a la conformación de la Liga Patriótica y al régimen de Uriburu.

El Payador (1916) y *La hora del destino* (1930), de Leopoldo Lugones, funcionan como el inicio y el final de un período donde podemos ver cómo operan dichos discursos. En la primera obra veremos listados en profundidad los elementos de odio circulantes y preexistentes a su escritura, mientras que la segunda obra es representativa de un momento donde ese odio funcionó como legitimador del golpe del '30.

Se trata de un momento en el que rige una oposición radical a todo cambio adverso a la primacía de la élite, lo que en las tres primeras décadas del siglo XX engloba al liberalismo, la democracia, el feminismo y varias formas de izquierdismo, ideologías que disuelven las jerarquías tradicionales y los particularismos, socavando así los viejos y conocidos estilos de vida (McGee Deutsch, 1986).

En este contexto, *El Payador* de Lugones, aparece como una obra que rescata en el gaucho una figura que sintetiza la *sub-raza* argentina en contraposición a todas estas tendencias que se visibilizaban como amenazas. Un fruto de la unión del criollo con el indio que se erige como el héroe y civilizador de las pampas “allí donde la conquista española fracasó” (Lugones, 1972, p. 49). El gaucho es erigido como una raza superior a la que se le traza una genealogía de orígenes persas vinculada a su forma de montar a caballo y una herencia greco-latina por su relación con la música y la poesía.

La obra también justifica la destrucción del indio, a quien “la civilización no podía ofrecer nada superior a los malones como medio de vida” (Lugones, 1972, p.53) y la del mismo gaucho como el sacrificio de una raza cuya desaparición “es un bien para el país porque contenía un elemento inferior en su parte de sangre indígena” (Lugones, 1972, p.69). En “El Payador” son frecuentes también las alusiones despectivas al “hacendoso y codicioso gringo” (Lugones, 1972, p.82) y al “servilismo del negro” (Lugones, 1972, p. 56). El objetivo de esta obra es designar al *Martín Fierro* como el poema épico nacional, sentando las bases de un mito de origen a la argentina agrícola y definiendo al gaucho como un héroe épico solitario al modo de los cantares de gesta, como el Cid Campeador, y los poemas épicos griegos de la antigüedad. “Movido por su pasión helenística”, señaló Borges (1998) en su ensayo sobre la producción literaria de Lugones, “vio en la obra de Hernández una epopeya, que bien podía significar para nosotros lo que para los griegos La Iliada” (Borges y Edelberg, 1998, p. 57).

La elección de *Martín Fierro* como poema épico nacional sirve a fines específicos: los discursos segregacionistas se sustentan a menudo en mitos de origen que buscan sus raíces en un orden mítico extraviado (Finchelstein, 2015) . En este sentido, la propuesta de afirmar a la obra de Hernández como el poema épico nacional, configura el canon identitario de la Argentina agrícola y suma un importantísimo elemento a la operación de tradición selectiva necesaria para constituir cierta idea de nación. La búsqueda de un pasado mítico, sostiene Finchelstein en “El mito del fascismo” (2015), es característica de las ideas autoritarias, que encarnan en el mito “la dinámica de la vida y de lo auténtico y lo efervescente. En la mirada fascista, el mito se erige en oposición a una razón anquilosada, democrática y decadente” (Finchelstein, 2015, p.17).

Por su parte, *La hora del destino* es un texto ligado al golpe de Estado del año '30 contra el yrigoyenismo y la democracia, a la que se veía como un peligro para la Nación. Esta ponencia es heredera de *La hora de la espada*, discurso militarista pronunciado en la ciudad de Lima en 1924 en ocasión del centenario de la batalla de Ayacucho, donde hizo un llamamiento a los soldados argentinos para que “salven a la República”. *La hora del destino* denuncia una “derivación hacia el colectivismo” que “engendra una nueva perversión democrática consistente en la representación parlamentaria de las minorías (...) así ha llegado a predominar el político maniobrero sobre el estadista inexorablemente desalojado” (Lugones, 1998, p.69). Así, reafirma la necesidad de una oligarquía inteligente ya planteada en *El Payador* en contraposición a la mentira del sufragio, puesto que está “corrompida ya la masa electoral por los demagogos” y “el único remedio está en acabar con la política” (Lugones, 1998, p.61)

El período que comprende las primeras elecciones desde la sanción de la Ley Sáenz Peña (1916) hasta el golpe militar del año 1930 está teñido de huelgas obreras y de reacciones por parte de la vieja élite desplazada. Mientras que los radicales en el gobierno y otros políticos de la clase alta creían que la reforma electoral sería suficiente para curar los males de la sociedad, la dimensión de las manifestaciones obreras y su oportunismo espantaron y enfurecieron a muchos porteños de clase alta que organizaron grupos civiles paramilitares para enfrentar en especial a los anarquistas, pero que atacaron a todo tipo de personas que estos grupos de choque de las clases altas considerasen indeseables (McGee Deutsch, 1986, p. 45).

Dice McGee Deutsch (1986) que “el origen inmigrante de muchos trabajadores permitió a los adversarios del trabajo organizado desacreditarlo por extranjero, y cuando estas tácticas fallaron, los empleadores apelaron a las fuerzas gubernamentales para obtener ayuda” (p. 36). En relación a esto, la clase alta del país se escudaba en el hecho de que exigía la defensa del espíritu de la Revolución de Mayo y las libertades civiles. Implícitamente, en este contexto de fuerte conflictividad social, la élite entendía al “orden” como el mantenimiento de las diferencias sociales existentes. Su reclamo de que la nacionalidad estaba en peligro significaba, en realidad, que el proletariado extranjero amenazaba los intereses de los sectores dominantes.

En consonancia con estos intereses, en diciembre de 1919 surge la Liga Patriótica Nacional, que entre otros objetivos, se proponía estimular a los ciudadanos a que participaran en los esfuerzos defensivos de la sociedad y se interesen en asuntos externos. Si bien formalmente uno de sus propósitos era reforzar los lazos de los inmigrantes con su patria adoptiva, en la práctica dichas acciones no convencían a los líderes de la organización, que ponían trabas a la incorporación de ciertos individuos a sus filas y consideraban que la existencia de un gran número de extranjeros representaba per sé una amenaza para la nación (McGee Deutsch, 1986). Este deseo de unidad nacional se traducía en una reacción contra el cosmopolitismo y en un intento por reivindicar la herencia cultural argentina de sus raíces hispánicas, acción que fue sistematizada en *El Payador*.

David Rock (1989) hace un *racconto* del período que intentó la consolidación de un proyecto democrático y terminó en el primer golpe de Estado del país; entre las dos grandes depresiones de 1890 y 1930, dice, ocurre el fracaso de la Nación en lograr un desarrollo político que estuviese a la par de su cambio social y económico. Para el historiador,

La democracia cayó víctima de la herencia colonial de la Argentina (...) El gobierno representativo podía haberse desempeñado mejor si su base social y económica hubiese sido diferente: si a mediados del siglo XIX los liberales hubiesen logrado destruir el monopolio en la propiedad de la tierra, si la industria se hubiese desarrollado lo suficiente como para crear una clase mayor y más poderosa de productores industriales; los políticos hubiesen sido menos susceptibles a la manipulación de los intereses comerciales extranjeros; si los renacientes conflictos regionales no hubiesen impedido a las élites unirse en un partido conservador fuerte, como instaba a hacerlo Sáenz Peña en 1912. (Rock, 1989, p. 275).

Según el politólogo Alain Rouquié (1986), la implementación de la Ley Sáenz Peña parece dar un carácter definitivo al fracaso político de la élite establecida. La mayoría de los argentinos había experimentado una especie de mutación fundamental que permitió el ascenso social y político de las clases subestimadas hasta entonces por la oligarquía, etapa que parece terminar con ciertos privilegios de dicha clase en forma pacífica. En realidad, dice Rouquié:

La nueva ley solo estaba destinada a entreabrir el acceso a la función pública a aquellas capas que consideraban tener derecho a ser asociadas a los negocios, en razón a sus riquezas y su talento y que pateaban frente a las puertas del poder desde hacía veinte años. (Rouquié, 1986, p. 125).

En aquél entonces, el radicalismo expresaría los intereses de las clases medias urbanas, reformistas y favorables a la industrialización, opuestas a la aristocracia latifundista. Fuertemente arraigado en las clases medias urbanas, la adhesión al radicalismo se insinúa en las clases populares, aunque no en la clase obrera. Es importante destacar que, si bien su representación política engloba a empleados de comercio, administrativos, profesionales hijos de inmigrantes y jóvenes egresados de las universidades, sus dirigentes provienen de familias vinculadas a la oligarquía. Más adelante, estos acaudalados dirigentes formarán el núcleo de la oposición interna al antipersonalismo de Yrigoyen. El radicalismo, además, no acepta la lucha de clases, aunque se preocupe por "las clases humildes" (Rouquié, 1986).

Yrigoyen ascendió al poder con baja representatividad en el Congreso. Desde el primer momento, la prensa conservadora constituyó una unión contra el ascenso de los usurpadores, denunciando todo lo que tuviese que ver con el radicalismo desde los primeros días. A Yrigoyen se le reprochó "no ser lo suficientemente aristocrático". El día de la asunción, cuando la muchedumbre desató los caballos de la carroza en la que iba el nuevo presidente para conducirlo en triunfo hasta la Casa Rosada, los conservadores se horrorizaron por la intrusión de los bárbaros en la política argentina. El secretario general del Senado, Benigno Ocampo, observó: "Hemos pasado del escaño a la alpargata" (Merchensky, 1961, p.154, citado por Rouquié, 1986, p.138).

Las "familias consulares", despojadas de un poder político que consideraban que les correspondía por derecho, vieron en la ampliación de la participación política una regresión en el proceso evolutivo de la nación. Esto fue percibido como un regreso de actores políticos indeseables, "la revancha de las fuerzas oscuras de la tiranía Rosista, el retorno de los vencidos de Caseros" (Rouquié, 1986, p.159). En definitiva, un fantasma de tiempos caóticos. El país, para los conservadores, había retrocedido más allá de 1852. A los ojos de los oligarcas, las masas

que ahora tenían acceso físico al paraíso del que ellos fueron echados encarnaban la incultura y la mediocridad política. La Casa Rosada, en otros tiempos “bien frecuentada”, ahora era habitada por gente mal trajeada que gesticulaba con fuerza, sentían que Yrigoyen se complacía de hacer esperar a gente distinguida mientras recibía a la gente simple. La élite desplazada confundía al Presidente radical con la gente humilde que lo seguía, los “mejores ciudadanos” ya no eran mayoría en el gobierno, donde “se ha cambiado el lenguaje parlamentario por el habla soez de los suburbios y los rebuznos de los comités radicales” (Rouquié, 1986, p. 160).

Como sostiene Rouquié (1986), “la lucha contra el usurpador toma la forma de caricatura exagerada y hasta de la calumnia. La polémica se inspira en la voluntad de ridiculizar a los nuevos gobernantes” (p. 160).

Si bien la guerra de 1914 elevó el número de exportaciones a niveles nunca antes vistos y creó un efecto de prosperidad económica en los sectores orientados a la venta de productos al exterior, tuvo un efecto inflacionario que duró hasta 1921. A partir de 1914 se comenzaron a multiplicar las huelgas y el armisticio, además, puso fin al periodo de prosperidad y pleno empleo. Una vez terminada la guerra las exportaciones cayeron un 40% y el balance comercial volvió a ser negativo. 1920 será el año con récord de huelgas. Estos movimientos despertaron las alarmas por su simultaneidad con otros movimientos revolucionarios en Europa, la proyección de la revolución rusa o la comuna espartaquista atemorizaba a la burguesía Argentina que temía su propagación universal. Al fantasma de la tiranía rosista, ya existente desde la reivindicación de las demandas de la clase media (y algunas de la clase obrera), se le sumaba la amenaza comunista.

En general, Yrigoyen no respondió con represión a las huelgas que estallaron en todo el país, rehusándose a seguir el ejemplo de sus predecesores. El primer presidente radical intentó mostrar a los manifestantes su simpatía paternal porque temía enajenarse a las clases populares, mientras que en ocasiones dejaba de responder a las solicitudes del empresariado nacional y extranjero (Rouquié, 1986). Fue el primero en recibir delegaciones de obreros en la Casa Rosada, apoyó a los ferroviarios en su huelga de 1917 e invitó a los dirigentes de las compañías ferroviarias a acceder en parte a las reivindicaciones de sus empleados. Sin embargo, envió a las

tropas como último recurso y reprimió huelgas cuando lo consideró oportuno, como ocurrió con la de frigoríficos de 1917, aplastada por la Infantería de Marina. También hay que tener en cuenta que mantuvo políticas represivas como la Ley de Residencia y la Ley de Seguridad Social.

La llamada *Semana Trágica*, del 9 al 16 de enero de 1919, marcó un punto de inflexión en el gobierno yrigoyenista: enfrentamientos entre las fuerzas policiales y huelguistas de una gran empresa metalúrgica, los Talleres Vasena, dejaron el saldo de 700 muertos. Luego, durante el entierro de las víctimas, ocurrió un tiroteo entre manifestantes y la policía que derivó en un motín multitudinario en el que la violencia policial se volvió tan incontrolable como la agitación obrera. En este episodio, la policía recibió el refuerzo de grupos voluntarios civiles que acabaron destruyendo propiedades y atacando a tiros a huelguistas e inmigrantes a quienes consideraban agitadores rusos, agentes del soviet. Milicias burguesas, bautizadas *guardias blancas*, atacaron las sedes de los sindicatos, saquearon imprentas y bibliotecas obreras y hogares de inmigrantes rusos a los que vinculaban al judaísmo. El activismo antisemita irrumpía en la Argentina al mismo tiempo que el anticomunismo sin comunistas. Finalmente, el general Dellepiane ocupó la ciudad de Buenos Aires con sus tropas y consiguió negociar un alto a las hostilidades a través de dirigentes anarcosindicalistas, pero nada sería como antes. Buenos Aires había vivido un clima de insurrección al borde de una guerra civil que provocó un verdadero pánico en la burguesía porteña. Para ellos, la demagogia de Yrigoyen había sido la causa principal de la rebelión obrera, así como de la oleada de huelgas que hubo desde 1916 en adelante (McGee Deutsch, 2003).

La creciente desconfianza de los medios patronales y dirigentes hacia un gobierno al que consideraban demagógico, débil y afín a los intereses de la clase obrera, derivó en la creación de las asociaciones parapoliciales y paramilitares, siendo las principales La Asociación del Trabajo y la Liga Patriótica, ambas encabezadas por antiguos colaboradores de Yrigoyen. La Asociación del Trabajo se constituyó como un grupo de rompehuelgas profesionales para las empresas en dificultades. Fundada en 1918, buscaba "emancipar al patronato de la odiosa tutela de las llamadas sociedades de resistencia que amenazaban someter a las actividades del trabajo nacional" (McGee Deutsch, 1986, p. 90). La Liga Patriótica, que estaba vinculada con sectores

del ejército, fue protagonista de la Semana Trágica. Durante la misma, respetables ciudadanos e hijos de buenas familias formaron grupos armados que se proponían secundar a la policía contra los obreros rebelados. Recibieron armas de la policía mientras se reunían en el Centro Naval Presidente del Club de la Marina de Guerra, donde se les dieron algunos rudimentos de instrucción militar y se los arengó con frases que lanzaron a las juventudes patrióticas contra catalanes y rusos.

Las guardias blancas o guardias cívicas, que luego se transformaron en la Liga Patriótica Argentina, provenían del Comité Nacional de la Juventud animado por el escritor Ricardo Rojas, que se oponía a la actitud neutral del gobierno en la guerra mundial. La Liga Patriótica se definía como una asociación de ciudadanos pacíficos armados que montaban guardia para velar por la sociedad y defenderla de la peste exótica. Su *slogan* era “orden y patria”. Estos grupos organizaban brigadas antisubversivas que enviaban a todos los rincones del país donde se necesitase para “poner en vereda a los agitadores” que apartan de su deber a ciudadanos inocentes y sumisos (Rouquié, 1986).

La Liga Patriótica Nacional fue la responsable, bajo la conducción de Manuel Carlés, un escritor y político perteneciente a la UCR, de la creación de grupos paramilitares constituidos por jóvenes armados vinculados o pertenecientes a la élite que tuvieron participación en numerosos conflictos obreros en los que llegaron a disparar contra sedes sindicales, incendiar imprentas anarquistas e incluso atacar a balazos a miembros de la comunidad rusa, a quienes equiparaban con los judíos sin excepciones.

Durante los eventos ocurridos en la Patagonia entre 1920 y 1922, la Liga Patriótica desempeñó un papel relevante. Los hacendados llamaron a las fuerzas represivas para dominar a los que calificaban como “bandas de malhechores, bandidos que se dicen huelguistas” (Rouquié, 1986). En ese *far south*, los propietarios hacían las leyes, o más bien ignoraban las leyes de la República Argentina. La condición de los trabajadores era muy penosa y se agravó más después de que terminó la guerra y cayeron las exportaciones. Al final de los eventos de la Patagonia los rebeldes fueron fusilados en masa, luego de que el teniente Varela aplicara la ley marcial sin que se hubiera declarado el Estado de sitio. La represión fue atroz y sin relación con los delitos;

algunos medios anarquistas hablaron de 1500 muertos, aunque la cantidad de 300 a 400 parece ser un número verosímil (Bayer, 1968, p.80-89, citado por Rouquié, 1986, p.149). La buena sociedad de Río Gallegos festejó al teniente Varela, que libró a los hacendados de la pesadilla de la rebelión popular.

En Buenos Aires, Varela no fue recibido de buena manera: el gobierno consideró que el teniente se propasó y le negó su ascenso a coronel. El partido socialista, por su parte, exigió la creación de una comisión investigadora para esclarecer los hechos. Esto terminó de acentuar el divorcio entre los sectores de la oficialidad del ejército con Yrigoyen. Pero la Liga Patriótica, que había formado 200 brigadas de milicianos para los acontecimientos al servicio de los estancieros, le entregó, a través de Manuel Carlés, una medalla de oro al mérito al teniente fusilador.

La prensa conservadora desplegó ataques contra la actitud social del gobierno, que se multiplicaron en las declaraciones de los responsables de la Liga Patriótica. Esto encontró receptividad en esos oficiales mal queridos por el gobierno. Desde la Liga Patriótica se acusó a los gobernadores radicales del sur de condescendencia con los secuaces de sus asociados, diciendo que esas ideas subversivas llegaron a través de los sindicatos ferroviarios cuyas reivindicaciones favoreció Yrigoyen en 1917. Según esas opiniones, Yrigoyen eligió el campo del desorden contra los intereses de los propietarios.

El gobierno de Marcelo T. de Alvear (1922–1928), suavizó las relaciones con la oligarquía y trató de reducir la estructura burocrática. Los radicales terminaron por dividirse entre personalistas (o yrigoyenistas) de clase media y los más elitistas antipersonalistas, identificados con las políticas de Alvear. A pesar del viraje en las posturas del nuevo gobierno, los sectores de la élite vieron en la reelección radical las semillas del desorden. Después de 1922, Carlés convocó en secreto a los líderes de las brigadas de la capital para que estuvieran preparados para actuar si el nuevo gobierno no adoptaba una acción frente a los conflictos obreros (McGee Deutsch, 1999).

Es durante este período cuando Leopoldo Lugones, que tenía vínculos estrechos con los militares, pronuncia en diciembre de 1924 su discurso *La hora de la espada*. El poeta, que se encontraba en Lima acompañando al Ministro de Guerra en viaje oficial, hizo un llamado al soldado como salvador de la Nación:

Ha sonado otra vez, para bien del mundo, la hora de la espada. Así como ésta hizo lo único enteramente logrado que tenemos hasta ahora, y es la independencia, hará el orden necesario, implantará la jerarquía indispensable que la democracia ha malogrado hasta hoy, fatalmente derivada, porque esa es su consecuencia natural, hacia la demagogia o el socialismo. (Lugones, 1998, p. 77).

Los militares fueron receptivos a este mensaje, y por la boca de Pablo Ricchieri, fundador del servicio militar obligatorio, pusieron en guardia a sus subordinados contra la tentación de apartarse de sus objetivos específicos. A partir de ese momento, el dilema del pueblo argentino sería "seguir la bandera de la moral y la de la justicia o la del fraude, el delito y el crimen" (Rouquié, 1986, p. 184).

Serán varias las acciones del gobierno que este sector de la sociedad tildará de demagógicas. Al introducir la reforma del estatuto de las universidades en 1918, se ganó un odio profundo y duradero por socavar los valores de autoridad y fomentar el intervencionismo revolucionario de los estudiantes. El segundo mandato de Yrigoyen (1928-1930) estuvo colocado bajo el signo de las reformas sociales: la UCR aumentó la parte del presupuesto destinada al bienestar social y realizó un esfuerzo muy particular en favor de la instrucción pública que había sido descuidada bajo el gobierno de Alvear. En materia de legislación laboral pasaron a estudio y debate parlamentario muchos proyectos de leyes. La jornada laboral de 8 horas, en 1929, fue atacada por la derecha política que sólo ve en ella la institucionalización del derecho a la pereza. Yrigoyen decidió bajar los alquileres y arrendamientos cuando los salarios reales cayeron a consecuencia de la crisis (Rouquié, 1986, p. 208 -209). Estas medidas fueron condenadas por los conservadores como manifestaciones de una voluntad deliberada de corrupción social, puesto que adular a las masas, ceder ante los sindicatos y hacer votar altos salarios mínimos, no sería

más que demagogia (Rouquié, 1986). Yrigoyen es visto por el diario La Nación como esclavo de los sindicatos.

Al acordar el reconocimiento al movimiento de reforma universitaria y ampliar la burocracia, Yrigoyen contribuyó a la mejora de la educación superior, la formación de profesionales y al acceso a la administración pública a los argentinos de clase media y los hijos de inmigrantes recién llegados, que prontamente se tornaron ávidos radicales. Al mismo tiempo, la creación del monopolio estatal del petróleo, Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF), amplió el patronazgo estatal. El presidente siguió convocando a trabajadores sindicalizados y/o agremiados y se ganó también muchos enemigos por su amplia intervención de las provincias.

Para fines de la década del '20, La Liga Patriótica y jóvenes de la élite comenzaron a concebir la democracia como una pérdida permanente del poder político a favor de los sujetos a los que consideraban despreciables descendientes de inmigrantes, equiparando a Yrigoyen con un déspota: una dictadura de las masas que llevaría al comunismo. Carlés, que alguna vez había empleado el término *democracia* como un estado de justicia para todos, pasó a preferir el término *república*, alegando que los fundadores de la patria habían instaurado la primera y que la palabra *democracia* no aparecía en la constitución nacional. En una república restrictiva las autoridades no serían demasiado débiles como para luchar contra el bolcheviquismo, sino que en ella imperaría la disciplina, el principio de autoridad, la seguridad individual, el trabajo y la paz. Lugones será parte de este repudio de los principios democráticos, equiparando su tendencia niveladora al comunismo y al cristianismo, religión que despreciaba. Dentro de su renovado militarismo, prevalecían las realidades concretas de la biología, la raza, la nación, la fuerza y las jerarquías (McGee Deutsch, 1999).

Yrigoyen ganó ampliamente en las elecciones de marzo de 1928, con una amplia participación electoral, pero el voto contra el Frente Único, el partido opositor, sería un voto contra el peligro de la reacción aristocrática (Rouquié, 1986, p. 185). En resumen, Yrigoyen ganó debido a la aversión por parte de los votantes a los candidatos de la oposición, que encarnaban el viejo orden. A su vez, un intento de golpe de Estado militar era planificado anteriormente a las elecciones y a pesar de ellas. Sus principales instigadores eran la Liga

Patriótica, los conservadores, algunos oficiales militares y los radicales antipersonalistas, a quienes se les sumaban los socialistas independientes, escindidos del Partido Socialista tras una disputa en 1927 (McGee Deutsch, 1999).

Si bien existía un amplio sector del radicalismo antipersonalista encarnado por Alvear y de las fuerzas militares que querían una salida legalista y limpia, pidiendo la renuncia de Yrigoyen por medios legales, estaba en marcha también una conspiración de militares y miembros de la Liga. Mientras tanto Leopoldo Lugones, tras elogiar el militarismo en *La hora de la espada* llevaba adelante una incansable campaña antidemocrática.

Para Lugones, la Argentina será una gran nación cuando no postergue la designación de sus gobernantes en el sufragio universal, que es un culto a la incompetencia del que solo puede resultar un gobierno inepto. Algunos jóvenes intelectuales y sectores del ejército tomaban en serio esta exaltación de la disciplina, la jerarquía y la carrera de las armas. Lugones forma parte de la subcomisión de instrucción del círculo militar, quienes publicaron artículos del poeta bajo el título de *La patria fuerte*, denunciando los males provocados por el parlamentarismo.

El 1° de diciembre de 1927 surgió *La nueva república* un semanario de jóvenes periodistas que invocan el nacionalismo. Los hermanos Rodolfo y Julio Irazusta, fundadores de la publicación, pertenecían a una familia antipersonalista de Entre Ríos que había perdido la mayoría de sus tierras después de la primera guerra mundial y cuyo tío había sido oficial de la brigada de la Liga Patriótica Argentina en Gualeguaychú. Influenciados por Carlés, sus ideas comenzaron a tomar forma en 1920, durante los conflictos obreros de la posguerra.

Los nacionalistas recurrían también a fuentes de inspiración foránea, como ser las tendencias autocráticas de Mussolini. Antiyrigoyenistas virulentos, se interrogaban por la crisis argentina una evicción del poder de las categorías tradicionales. Buscando la manera de reformar a la élite para asegurar sus supuestos derechos al poder, creían en la necesidad de gobiernos fuertes que mantuvieran enérgicamente el orden social, las jerarquías y la disciplina para evitar las amenazas del comunismo soviético al que conduce la demagogia radical (Rouquié, 1986). Para ellos, el liberalismo, la democracia y el marxismo estaban conectados y eran disolventes,

por lo que abogan a un gobierno fuerte liderado por una élite capaz. Su principal preocupación para 1930 sería lograr que la clase gobernante se convirtiese a la doctrina contrarrevolucionaria, puesto que “la democracia no está en la constitución” (McGee Deutsch, 1986, p. 253).

Para fines de la década del ‘20, también Carlés cambió el elogio tibio a los valores marciales por la exaltación de una raza criolla viril que había derrocado tiranos, y al aguerrido y apasionado argentino de las generaciones anteriores. En dicha posición, podemos hallar un eco de las características que Lugones exaltaba en *El Payador*. Pero el principal responsable del derrocamiento sería el Ejército. Ante la inminencia de la victoria electoral yrigoyenista para las elecciones del año 1928, Juan Carrulla y Rodolfo Irazuzta, directores de La Nueva República, se pusieron en contacto con Uriburu para conspirar un derrocamiento. Uriburu al principio opuso reparos hasta que concluyó en que el régimen de Yrigoyen llevaría la Nación a la anarquía (McGee Deutsch, 1986, p. 254).

Los nacionalistas fijaron su estrategia: el Ejército, según ellos la única fuerza sana en una sociedad contaminada por el virus democrático y la demagogia radical, será el instrumento de la regeneración revolucionaria cuya dirección tomaría Uriburu, poniendo bajo su ala a los civiles en la inminente revolución (Rouquié, 1986). Ellos ayudarán a convencer a Uriburu no solo de liderar el golpe de Estado, sino también de imponer un sistema corporativista al estilo del modelo mussolinista.

La hostilidad de la élite establecida hacia los radicales se explica por la sensación de que otros sujetos políticos han usurpado la función dirigente que le corresponde y, sobre todo, por la convicción bien afianzada de que un gobierno de opinión es por definición demasiado débil frente a las clases populares. En *La hora del destino*, Lugones denuncia que:

“La derivación hacia el colectivismo engendra una nueva perversión democrática, consistente en la representación parlamentaria de las minorías bajo el sistema proporcional. (...) Así ha llegado a predominar el político maniobrero sobre el estadista inexorablemente desalojado hasta transformar en regla esta definición magistral de Clarke: “El político piensa en la próxima elección, el estadista en la próxima generación” (Lugones, 1998, p. 69).

Todas las disquisiciones opositoras sobre la demagogia yrigoyenista y sobre los radicales que, según sus palabras, adulan a la plebe, traducen ese sentimiento. Las huelgas y los movimientos sociales de 1919 y 1920 confirmaron los temores de los propietarios, pero también hicieron vacilar la confianza de muchos demócratas amantes del orden, particularmente en el ejército (Rouquié, 1986, p. 207).

Uriburu estaba de acuerdo con una definición de la democracia como gobierno de la mayoría ejercido por los mejores, por lo que prefería el término república a democracia³ (McGee Deutsch, 1989). Lugones, presente en el equipo de colaboradores de Uriburu, apoyaba la teoría gradual de la riqueza, según la cual la riqueza se filtra hacia abajo, similar a la teoría del derrame. Los trabajadores ganarían más con el estímulo estatal de la producción que con las políticas obreristas demagógicas como las de Yrigoyen (McGee Deutsch, 1989).

1930 será el año del golpe militar: será este momento de la publicación de *La hora del destino*, prefacio a su libro *La grande Argentina*, publicado en junio de 1930, donde Lugones afirma:

“El estado actual de cosas no tiene remedio en el comicio; pues corrompida ya la masa electoral por los demagogos, toda propaganda para conquistar su mayoría es una sobrepuja de ofertas, conducente a la grabación del desorden. Para salir del obrerismo gubernista hay que caer en el socialismo, mucho peor. Así, vémoslo proponer como remedio a la carestía que las últimas medidas del gobierno acentuarán, un aumento general de sueldos; es decir más dilapidación burocrática. Los grupos llamados demócratas y conservadores entran igualmente a la sobrepuja. Sus programas pueden sintetizarse en dos propósitos: más electoralismo y más comensalía parásita de la riqueza nacional. La identidad defínese mayormente en el aderezo con las consabidas trufas: odio al ejército, extranjerismo, feminismo; o sea tantos otros elementos de indisciplina y perturbación social. Es evidente, pues, que los políticos no pueden hacer otra cosa; pero no es menos indudable que ello nos

³ La doctrina de la república insiste en la separación de poderes, a menudo derivada en la teoría de contrapesos, y su énfasis contra la democracia está en la quita del carácter popular y unívoco de hacer lo que debe hacerse de acuerdo a las formas institucionales sin depositar toda la soberanía en un lugar, a diferencia de la democracia que por definición coloca la soberanía en la voluntad popular, luego el tema de la representación.

condena a seguir de mal en peor. El único remedio está en acabar con la política”. (Lugones, 1998, p. 61).

Después de 1930, las otrora fuerzas conservadoras fragmentadas se consolidaron hasta cierto punto. Con ley marcial y Estado de sitio, se llevaría adelante una dictadura cívico-militar de corte fascista que encarcelaría opositores y fusilaría militantes políticos tras parodias de juicios sumarísimos. El proyecto corporativista que encarnaban Uriburu y quienes lo llevaron al poder no obtuvo suficiente raigambre, por lo que debieron llamar a elecciones el 5 de abril del año siguiente, pero comenzaría entonces la década infame, restauración neoconservadora que usaría del fraude electoral como mecanismo para mantenerse en el poder.

A nuestro entender, el primer golpe de Estado de la historia argentina es acompañado por fuertes narrativas segregacionistas y antidemocráticas que, en connivencia con las grandes (y pequeñas) publicaciones de la época, horadaron la legitimidad del gobierno de Yrigoyen. El objetivo de estos discursos, como hemos señalado al referirnos al funcionamiento del discurso de odio, es la deslegitimación de la democracia, la limitación ciudadana de nuevos actores políticos surgidos con la Ley Sáenz Peña y el retorno del control estatal para la élite. Los discursos que acompañaron la caída de Yrigoyen se hicieron eco del clima de época, con lo que, siguiendo a Adorno, podemos señalar que existe un sujeto temeroso de perder su *status* que cada vez ve más amenazada su existencia por el avance de reivindicaciones populares. Este temor, que tiene sus raíces en el siglo XIX y en la conformación de la propiedad en manos de unos pocos terratenientes que pierden de a poco pequeños privilegios, operó como discurso legitimador para la constitución de instituciones paramilitares, organizaciones y medios de comunicación que practicaban la segregación activa de una parte de la población. La tradición literaria argentina, que históricamente ha visto a Rosas como un caudillo demoníaco⁴, portador de la violencia y la demagogia, encuentra en Yrigoyen un elemento más de caos e insubordinación de la plebe. Este nuevo caudillo, que deja esperando a los representantes de las clases acomodadas en el lobby de la Casa Rosada mientras recibe a las comitivas obreras, es visto como un facilitador del avance

⁴ No olvidemos que *Facundo* es también un texto canónico que agita a lo largo de la historia el fantasma del rosismo aún hasta nuestros días.

bolchevique, una amenaza a los valores tradicionales, viriles, criollos y vinculados al hacendoso trabajo agrícola.

Como señala Angenot (2010), en esta etapa los discursos sociales comenzaron a organizarse en resistencia a la propaganda obrera colectivista y anarquista, los nihilismos filosóficos y los relativismos. El nacionalismo se opuso a toda forma de internacionalismo y viró hacia la derecha dados los lazos de la izquierda con lo extranjero. Es por eso que pasó a ser entendido como la defensa del status quo, las jerarquías, la autoridad y la tradición católica.

El final del paréntesis de la representatividad se da con el golpe del '30, coincidente, como hemos dicho, con la publicación de *La hora del destino*. Entendemos que la publicación de dicho discurso no es una causa única y directa del golpe, sino uno de los tantos discursos circulantes en la época que explican el desprecio por el sistema democrático y consecuentemente el golpe cívico-militar.

Sin embargo, es innegable que la acción de Leopoldo Lugones y la profusión de sus discursos de corte antidemocrático tuvieron que ver con la elección del General Uriburu al frente de la ofensiva: si bien el gobierno militar con pretensiones corporativistas (rasgo común en los gobiernos de corte fascista pero que no alcanza para designar a dicha gestión como tal) durará poco tiempo, es este el primer momento en que la derecha se consolida en el país como un proyecto político plausible luego de la reforma electoral de 1912.

La institucionalización de toda la cosmología antidemocrática y de odio, con sus instituciones civiles, sus medios de comunicación y sus líderes (la Liga Patriótica, la Nueva República, Carlés, Iratusta, Lugones y Aramburu) será fundamental para el accionar de los grupos reaccionarios y antiderechos. Del otro lado aparecen los elementos que estos grupos quieren restringir o eliminar: el extranjero, la feminista, el militante de izquierda y, sobre todo, aquellos participantes del sistema que favorecen sus demandas o prestan oídos a sus reclamos.

2da parte: El civilizador de las Pampas: *El Payador* como operación de tradición selectiva

Para explicar el proceso que convierte a *El Payador* como una obra canónica que sirve a los fines de la élite, es menester recuperar aquí la noción de tradición selectiva de Raymond Williams (1997) como “una versión intencionalmente selectiva de un pasado configurativo y un presente preconfigurado, que resulta entonces poderosamente operativo dentro del proceso de definición e identificación cultural y social” (Williams, 1997, 137). Para referirnos al *Martín Fierro* de José Hernández como elemento de tradición selectiva por parte de Leopoldo Lugones, debemos primero englobar las condiciones en las que ocurre esta operación durante un momento políticamente reaccionario, es decir, de fuerte oposición por parte de la élite a todo lo que pusiera en entredicho el orden establecido. Si bien hemos hecho una aproximación histórica de este punto en el capítulo anterior de este trabajo, es necesario esbozar otro panorama histórico que nos ubique en el contexto que llevó a la creación de *El Payador*, como intento de consolidación de un fondo de elementos culturales reivindicados como propios de la identidad argentina, para el que Lugones rescata la figura del gaucho como avatar de la argentinidad.

El historiador británico David Rock señala un antecedente en la conflictividad que reinó en la república Argentina de principios del siglo XX en la revuelta de *Tata Dios* en la zona de Tandil de Buenos Aires (1870-1871), un movimiento que empezó como un nuevo despertar religioso entre la población rural nativa y se convirtió en un sangriento ataque contra los colonos inmigrantes locales. Esta revuelta tuvo su origen en las presiones económicas y sociales producidas por la transformación social de las pampas debida a la profusión de ovejas (de las que se decía que había tantas que se comían a los hombres), la agricultura y los inmigrantes. Las reacciones nativistas contra la inmigración no se limitaron a los sectores más pobres de la población criolla, ni siempre a las víctimas del cambio social:

Después de 1870 los miembros de las clases dominantes se volvieron cada vez más temerosos de una revolución inmigrante que pudiera desplazarlos del poder. (...) Pero en general, la influencia política directa de los inmigrantes fue sorprendentemente pequeña. Deseaban dinero más que poder (Rock, 1989, p. 194).

Este incipiente temor, vivido en su momento como una sacudida inédita, será lo que más tarde funde las bases del odio como elemento constitutivo de la élite, una acción reactiva frente al miedo a perder bienes, *status* y privilegios.

El período 1880-1914 denota un crecimiento de la economía argentina. Una red de familias oligárquicas constituyen el sector dominante del proceso dinámico que lleva adelante la *generación del '80*, un grupo con motivaciones intelectuales seculares y racionalistas–positivistas bajo el lema “Orden y progreso”. Se trata de una élite liberal-conservadora convencida de su superioridad cultural y su derecho a gobernar. La libertad en la que ponían énfasis se traducía en libertad para las clases altas, una firme creencia en la jerarquía de las clases sociales y en la estructura económica básica, un desdén por lo que será el gobierno popular de 1916 y la pretensión de mantener el orden establecido luego de la llegada de Yrigoyen al poder (McGee Deutsch, 1986, p. 19 – 20). La generación del '80, con su creencia en el liberalismo como la mejor solución para resolver los problemas nacionales, estimuló la inmigración. Buscaban un cambio cualitativo en la población en aras de europeizar el país bajo una perspectiva que apuntaba a las poblaciones francesas y anglosajonas. Entre 1870-1910, la legislación resultante atrajo a casi 2.200.000 extranjeros. Para el año 1914, éstos constituían el 30% de la población nacional (McGee Deutsch, 1986).

Rock señala que el largo ciclo de expansión y consolidación nacional que empezó con el acuerdo político de 1862 llegó a su apogeo alrededor de 1914. Para ese entonces, Argentina era para ese entonces uno de los países económicamente más prósperos, pero con una estructura productiva poco diversificada, ya que explotaba únicamente los recursos pampeanos sin ampliar sustancialmente su producción en la elaboración de manufacturas. (Rock, 1989, p. 217). La clase media de Buenos Aires, que constituía el mayor grupo de este estrato social en América Latina, tenía en su inmensa mayoría un origen inmigrante. El estrato inferior de esta clase incluía muchos pequeños fabricantes y tenderos, unos 40.000 en 1914, cuatro quintos de ellos nacidos en el exterior. Al mismo tiempo, tres cuartas partes de la clase obrera de Buenos Aires eran también inmigrantes. Con unos 400.000 miembros, la clase obrera constituía unos dos tercios de la población masculina empleada de la ciudad (Rock, 1989, p. 232).

En el campo la situación era diferente: la mayoría de los cosecheros que habían ingresado en la provincia de Buenos Aires para 1914 eran trabajadores golondrina venidos de Europa que volvían allí después de la cosecha. Según Rock, este grupo revivió la tradición de desarraigo social que había prevalecido en la pampa en los días de los gauchos, ahora extinguidos (Rock, 1989). Para Martínez Estrada (1948), la situación del peón rural no había mejorado: “en este sentido el propósito de Hernández se cumplió”, menciona el ensayista, “y el gaucho fue reemplazado por el peón de chacra, cuya suerte, dentro de las nuevas formas de la civilidad rural, sigue siendo la misma... o peor” (p. 363)⁵. Al respecto, señala McGee Deutsch:

El monopolio sobre las mejores tierras detentado por la clase alta combinado con mejores oportunidades de trabajo en la ciudad, condujeron a los inmigrantes a los centros más poblados. Esto provocó cambios en la estructura tradicional, resultando en un pequeño sector de terratenientes poderosos, profesionales y burócratas, un diminuto sector medio urbano y un sector rural numeroso carente de tierra. (McGee Deutsch, 1986, p.23).

Martínez Estrada (1948) señala que todavía después de 1894, cuando se renueva la inmigración que se había quedado parcialmente detenida por la crisis de 1890, los militares y sus deudos todavía se creían con derechos indiscutibles sobre el suelo e iban al Congreso a solicitar premios, muchos de ellos enajenados de antemano a especuladores y hombres influyentes. Martínez Estrada retoma el pensamiento de Alberdi, al mencionar que la industria de la guerra civil era “un filón para enriquecerse, además de ser el camino natural para los altos cargos públicos” (Martínez Estrada, 1948, p. 121).

Este proceso de acumulación originaria funcionaría a la par del postulado de un conjunto de ideas para avanzar hacia una consolidación de la hegemonía por parte de quienes serían la clase dominante, llevando adelante un proceso de sobredeterminación⁶ de la base social. Frente

⁵ Para 1914, dice Rock, Argentina se había convertido en una sociedad mezclada y diversa: “*A través de sus regiones coexistían la modernidad extrema y un inmutable atraso. En 1914 las reservas de buena tierra estaban menguando, y el resto solo ofrecía magras recompensas a inversores y pioneros. Argentina parecía estar llegando quizá a un punto de saturación en su capacidad de absorber capital extranjero y mano de obra inmigrante. Pese al reciente crecimiento de la industria, el país estaba lejos de ser una sociedad industrial plenamente desarrollada. La industria dependía férreamente de un mercado que crecía en proporción a las exportaciones y la entrada de inversiones extranjeras*”. (Rock, 1989, p. 240).

⁶ Entendemos a la sobredeterminación desde la tradición Althusseriana, como una totalidad estructurada que es inseparable de las instancias que la conforman y a las cuales al mismo tiempo estructura en una operación

al aluvión inmigratorio de principios del siglo XX, diversos pensadores de la época abogaban por la necesidad de incorporar al país a las masas inmigrantes a través de una educación patriótica que pusiera énfasis en los valores nacionales y los símbolos patrios. Es en este contexto donde se empiezan a dar los intentos de la élite intelectual por encontrar los fundamentos del ser nacional, lo que derivará en diversos trabajos intelectuales y literarios, entre ellos el de Leopoldo Lugones, que buscarán consolidar una hegemonía discursiva junto a la hegemonía cultural y política.

La importancia de los gauchos y del pasado hispánico tuvieron como sus más importantes defensores a los nacionalistas culturales, entre quienes se destacan Manuel Gálvez (proveniente de una familia patricia), Ricardo Rojas (hombre de muy buena posición económica) y el ya mencionado Lugones (hijo de un caudillo político del norte cordobés que perdió todo en la depresión del '90), quienes alrededor del año 1890 abandonaron sus provincias para ir a Buenos Aires. Rechazaban los argumentos a favor de la inmigración y enfatizaron en la contribución nativa a la cultura nacional; denunciaban a los extranjeros en términos crueles (antes reservados para los criollos) y guardaban sus alabanzas para estos últimos, orgullosos de una blancura argentina que, paradójicamente, provenía de la inmigración (McGee Deutsch, 1986).

La educación fue un tema importante para los nacionalistas culturales, que promovían una enseñanza exclusivamente en castellano que pudiese inculcar el patriotismo. En *La restauración nacionalista* (1909), Ricardo Rojas responsabilizó a las escuelas privadas (técnicas) por haber actuado como agentes de la disolución nacional. En 1908 había fomentado una campaña periodística contra las escuelas judías por extranjerizantes. Rojas identificaba a los judíos con el capitalismo, mostrando una actitud antisemita y considerándolos como expatriados que habían emigrado de país en país sin establecer vínculo alguno. Únicamente leales a su religión y su raza, reforzaban su fidelidad a su comunidad a través de sus escuelas. Los judíos fueron particularmente relacionados con la banca y el capitalismo y odiados por los nacionalistas culturales, en especial en lo que se refiere al mercantilismo portuario: “El judío imaginado por

combinatoria simultánea. En este caso, los elementos elegidos en El Payador “no son en absoluto el punto de partida de la realidad, sino un punto de partida para una representación de la realidad, para un mito destinado a fundar en la naturaleza (es decir, eternamente) los objetivos de la burguesía” (Althusser, 2011 p. 104)

los antisemitas ideológicos no es una persona real”, dice McGee Deutsch, “sino una figura demoníaca, una personificación de las fuerzas sociales modernas a las que odian y temen” (McGee Deutsch, 1986, p. 56).

Frente a la misma cuestión, Lugones había virado desde una posición defensora de los judíos hasta transformarse en un crítico virulento suyo: alienado de la vida agraria y carente de una patria, el judío no jugaría ningún papel positivo en la era de reconstrucción nacional. Afirmando que no era antisemita, Lugones caracterizaba sus afirmaciones como meramente objetivas⁷: El internacionalismo de los judíos y la infiltración en el socialismo servían, para Lugones, como herramienta de esa raza para lograr la dominación mundial (McGee Deutsch, 1986).

Gálvez, por su parte, se lamentaba de las hordas de campesinos italianos que habían desnacionalizado al país. Hordas a las que era menester argentinizar mediante un proceso de asimilación que se realizaría en un único sentido: a través de la cultura nacional hispánica y católica. Es importante mencionar que nuevas fuerzas políticas locales vinculadas con la inmigración y el cambio económico, como la Liga del Sur, desafiaban el poderío de los Gálvez y sus asociados (Mcgee Deutsch, 1986).⁸

En el pensamiento de José Ingenieros (1905) podemos encontrar una de las ideas que Lugones va a plasmar en *El Payador* pocos años más tarde: el indio resulta inasimilable a la civilización blanca. Su protección sólo es admisible para asegurarle una dulce extinción. De esta manera, y sin demasiada argumentación, se legitima el destino de los pueblos originarios:

Aquél problema no tenía otra solución que la guerra a muerte, pues la civilización no podía ofrecer al indio nada superior a los malones como medio de vida. Todos los instintos y

⁷ Reiteramos aquí el aporte de Foucault, cuando menciona que las figuras epistemológicas que se institucionalizan van constituyendo nuevos saberes y que esos saberes son instaurados como verdades.

⁸ Ya en la década de 1890, Ramos Mejía invierte la visión de Buenos Aires como faro civilizatorio y la observa como sede de la democracia mugiente. Los positivistas, entre quienes se encontraba el escritor, adhieren a la idea de que Argentina es un país absorbido por la sed de riquezas, y así fabrican la antinomia entre mercado y virtud y entre dinero y nación. Ramos Mejía considera que “ese corte fenicio que va tomando la sociedad metropolitana amenaza con quitarnos la fisonomía nacional”, y que “el burgués enriquecido será temible si la educación nacional no lo modifica” (Terán, 2000, p. 336).

pasiones de aquél, hallábanse así satisfechos. El odio al invasor, la guerra, la aventura, la presa, la haraganería opulenta y harta, la mujer ajena y el alcohol. Por esto eran falaces todos los tratados de paz, que los indios aceptaban para obtener presentes, pero que nunca les convenía respetar. La paz hubiera sido, en efecto, su ruina al comportar la supresión de aquél estado bárbaro que constituía al progreso ideal del indio. Cuantas ventajas podía ofrecerle la civilización, resultaban inferiores, al estribar su adquisición en el trabajo detestado más que la muerte (Lugones, 1972, p. 53).

Al referirse a *Prometeo*, obra de Lugones del año 1910, Borges (1988) señala que, para el autor, el cristianismo, considerado por el poeta una religión oriental, había oscurecido nuestra vinculación con la cultura helénica. Como parte de su cruzada para crear un *Alma Nativa*, “Lugones quiere recordar a los argentinos este lejano origen y contribuir a la formación de “lo que ahora nos falta: una civilización, una moral y un culto” (Borges y Edelberg, 1998, p 62)⁹.

En *El Payador*, Lugones se aleja radicalmente de las ideas de Sarmiento, que junto a Alberdi, en palabras de Arturo Jauretche, “querían cambiar el pueblo. No educarlo, sino liquidar la vieja estirpe criolla y rellenar el gran espacio vacío con sajones” (Jauretche, 2008, p. 85). *El Payador* parece ser el punto exacto donde las viejas ideas izquierdistas de Lugones se cruzan ya con el odio racista y clasista que encarnará más tarde.

La operación del poeta reivindica al gaucho como un producto genético superador tanto de la barbarie indígena, como del fracaso de la conquista española. Lo que no pudo hacer el imperio español lo consiguió la sub-raza gaucha, noble, viril y de gran sensibilidad artística: “El gaucho fue el héroe y civilizador de la Pampa. En este mar de hierba, indivisa comarca de tribus bravías, la conquista española fracasó. (...) Solamente con la Pampa no pudo su conquista” (Lugones, 1972, p. 49). Esta postura no evitó que Lugones realizara una operación similar a la que utiliza Sarmiento en su *Facundo*: Una suerte de idealización negativa pero fascinada del gaucho, que combina en sí mismo la admiración y el respetuoso temor. Así, el poeta cae en la

⁹ Es importante rescatar la afirmación de que “nadie habla de Lugones sin hablar de los cambios múltiples de Lugones”, sentenciada por Jorge Luis Borges en su ensayo *Leopoldo Lugones*: “Examinados”, dice, “se limitan a dos: hacia 1897-época de Las montañas del oro- era socialista; hacia 1916 –época de Mi Beligerancia-, demócrata; desde 1923 -época de las conferencias del Coliseo-, profeta pertinaz y dominical de la Hora de la Espada”. (Borges y Edelberg, 1998, p. 83). Esto sintetiza los diversos y radicales cambios que transitó el autor a lo largo de su vida intelectual.

misma sobreestimación demoníaca que su predecesor, Sarmiento, hizo de Facundo Quiroga. El gaucho es un personaje que según Lugones heredó el orgullo:

con la sangre fidalga, y la independencia del indio antecesor que apartaban al gaucho de las tareas serviles, sobrellevadas fácilmente por el negro. Despreciaba en éste la sumisión, como la falsía en el mulato, haciendo valer por buena, con sencillo pundonor, su descendencia de las razas viriles (Lugones, 1972, p. 56).

Distinguiendo a los gauchos de otros personajes de la época para conseguir que su avatar de la argentinidad levante la cabeza por encima de ellos. Al mismo tiempo, Lugones traza una analogía entre el gaucho y el arquetipo del héroe solitario por:

su afición al caballo, que exalta con vivacidad valerosa el individualismo, según puede verse en tipos tan diversos como el beduino y el inglés; el dominio de la pampa que ofrece la severidad heroica del mar. (...) El gaucho se mueve valeroso entre el peligro de la horda salvaje, el desamparo de aquella soledad donde cada cual debía bastarse, resumiendo las mejores prendas humanas; serenidad, coraje, ingenio, meditación, sobriedad, vigor. (...) Estas características son las que lo diferencian del indio, puesto que todo eso hacía del gaucho un hombre libre, en quien se exaltaba, naturalmente, al romanticismo, la emoción de la eterna aventura (Lugones, 1972, p. 56).

El poeta cierra esta apreciación sobre el gaucho afirmando que “aquel estado sentimental constituía por sí solo una capacidad de raza superior; la educación de la sensibilidad que, simultáneamente, amplifica la inteligencia” (Lugones, 1972, p. 56). Sin embargo, Lugones utiliza al gaucho como sacrificio. Es sobre este personaje reivindicado como *sub-raza* donde recaen el desprecio y la admiración necesaria para constituir un ser nacional que se oponga a la barbarie del indio y a los modos antiéticos del industrial y egoísta gringo (Lugones, 1972). Se trata de un tipo de desprecio compasivo, halagador, que no tiene por qué lidiar con el objeto de su rechazo puesto que la población a la que se refiere está extinta:

Su desaparición es un bien para el país, porque contenía un elemento inferior en su parte de sangre indígena; pero su definición como tipo nacional acentuó en forma irrevocable, que es decir étnica y socialmente, nuestra separación de España (...) Los gauchos aceptaron, desde

luego, el patrocinio del blanco puro con quien nunca pensaron igualarse política o socialmente, reconociéndole una especie de poder dinástico que residía en su capacidad urbana para el gobierno. Con esto no hubo conflictos sociales ni rencores, y el patronazgo resultó un hecho natural. He aquí otra inferioridad que ocasionaría la extinción de la sub-raza progenitora, pues quien de suyo se somete, empieza ya a desaparecer. (Lugones, 1972, p. 69-71).

En *El Payador*, dirá Lugones (1972) que “los mejores gobiernos suelen ser las oligarquías inteligentes” (p. 74), anticipando su pensamiento y militancia de los años ‘20. Lugones intenta encontrar en el gaucho herencias ancestrales a través de su poesía y su danza. Una forma de montar a caballo de raigambre árabe, al igual que su poesía. Motivos musicales y danzas de origen helénico que se bailan por separado con plasticidades. Danzas realizadas en torno a instrumentos de cuerda, a los que define como superiores a los de viento de los indios (y de los romanos), que solo pudieron adoptar pasivamente los instrumentos de sus invasores. Al mismo tiempo, “El espíritu de nuestra poesía es como el de la música correspondiente: melancólica y viril” (Lugones, 1972, p. 114). Así y todo, el poeta no se guardará una comparación negativa entre las danzas del gaucho y el tango (también melancólico y colmado de iconografía masculinista), “ese reptil de lupanar tan injustamente llamado argentino” (Lugones, 1972, p. 123).

Para Lugones, el gaucho es un ejemplo de virilidad sensible: siempre aventurero, la impronta masculina está presente en la manera que encara el trabajo, la música y la poesía. Las payadas, certámenes improvisados por trovadores errantes, son comparadas con las bucólicas virgilianas, que probarían la persistencia del carácter greco-latino de nuestra raza. El gaucho es un héroe al estilo de los castellanos que trajeron la libertad en el don de su heroísmo, dueño de un individualismo libertario y rebelde ante el colectivismo obediente y conservador, un heroísmo en el que el culto a la mujer y el honor es la prueba de que se trata de una civilización superior.

El *Martín Fierro*, como poema épico, “expresa la vida heroica de la raza; su lucha por la libertad, contra las adversidades y la injusticia”. El gaucho “procede por inclinación de raza, índole de idioma y estructura mental (...) Fuerte y solo, He ahí la situación de caballero andante”

(Lugones, 1972, p. 169-170). Lugones apela al supremo ideal de la libertad por cuenta propia: “la urdiembre fundamental de Martín Fierro es también la guerra contra infieles” (Lugones, 1972, p. 219). Al fin, el poeta aforiza su postura:

Porque personifica la vida heroica de la raza con su lenguaje y sus sentimientos más genuinos, encarnándola en un paladín, o sea el tipo más perfecto del justiciero y del libertador; porque su poesía constituye bajo esos aspectos una obra de vida integral, Martín Fierro es un poema épico (Lugones, 1972, p. 188).

En *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*, Martínez Estrada (1948) describe el poema de Hernández como una obra cuyo tema fundamental es el de la injusticia, personificada en un personaje que las recibe y las comete descargándolas sobre inocentes. El texto transcurre en la zona fronteriza del dominio del gobernante y del dominio del cacique, de la nación constituida y del país salvaje, de la civilización y de la barbarie. La estancia, grandes extensiones de tierra adquirida u obtenida como merced con dependencias para el personal (mayordomos y peones), constituía una civilización rural perteneciente al dueño del territorio. Mientras tanto, diversos personajes icónicos encarnan pedazos de estas injusticias al mismo tiempo que opacan la identidad de quienes las ejercen: “en ‘los puebleros’, ‘los que mandan’, las responsabilidades se diluyen en entidades impersonales que han perdido personería jurídica, en la irresponsabilidad de las fuerzas de la naturaleza” (Martínez Estrada, 1948, p. 314)¹⁰.

Mientras que Sarmiento (1845), en el *Facundo*, había puesto frente a las ciudades en que se guarecía la civilización el campo en que los caudillos reclutaban sus huestes bárbaras para llevarles al sitio y al asalto, Hernández (1872), en el *Martín Fierro* expresa la idea inversa. Para Hernández, “las ciudades (...) encierran casi todos los males políticos: el germen de las

¹⁰ Martínez Estrada se pregunta si Hernández creyó efectivamente que su obra podía reivindicar al Gaucho. Al fin y al cabo, lo que consiguió Hernández con su obra fue convertir un problema social en un problema sentimental. El déspota cambió de táctica y el único que se había enternecido era el gaucho. “El Martín Fierro”, dice Martínez Estrada, “es una sublevación. Lo feo que pinta encubre lo más feo que calla. No era lo más malo aquello que describía, sino lo más malo de lo que la censura patriótico-gentilicia le permitía decir. La imagen moral de Martín Fierro nos pone a su favor, puesto que lo identificamos con un hombre de bien, deteriorado por el clima en el que vive. “Es en consecuencia”, dice Martínez Estrada, “una obra censurada, porque omite sin intención consciente todo cuanto atañe a la vida privada del protagonista”. (Martínez Estrada, 1948, p. 30, 52).

discordias, el manejo arbitrario de las rentas, los gobiernos unitarios y despóticos, el olvido y desprecio del campesino” (Martínez Estrada, 1948, p. 303).

Por *barbarie*, Sarmiento identificaba al anti-liberalismo y a las poblaciones indígenas, a las que proponía eliminar (Finchelstein, 2015). Pero en un irónico giro de esta posición, a partir de la acción de los nacionalistas culturales, el gaucho, hasta ese momento vilipendiado, se transformaba en un modelo a seguir para las masas: leal a su patrón, feliz con su lugar en la sociedad, contrario al ahorro, la conducta racional y la planificación. El idealizado gaucho era la antítesis del exitoso empresario extranjero, así como del activista obrero (McGee Deutsch, 1986). Al mismo tiempo, si bien Vicente F. López (1893) afirma que al gaucho le repugnaban las costumbres del indio, parece ser que gauchos e indios participaron juntos en las guerras de independencia y en las guerras civiles, en las que tribus enteras ingresaban a las filas de diferentes bandos. Para Martínez Estrada, sin embargo, el odio contra el indio florece después de la revolución de 1810, como una forma de reconquista colonial que llega hasta Rosas: “el gaucho no pelea entonces por reconquistar su independencia, sino por quitársela al Indio” (Martínez Estrada, 1948, p. 226). Para Martínez Estrada, los problemas que se vinculan a la tierra en la Argentina son los más antiguos, complejos y escandalosos, a los que se les sumaban otros de moral pública, de despojos y de negociados que formaban parte de la riqueza nacional. El crítico denunciaba que el Estado había tenido casi siempre el papel de corruptor y expoliador:

Lo que entre las gentes miserables del Martín Fierro son simples despojos y raterías, en gran escala lo realizaba el Estado con la tierra pública y la privada. El problema del indio se relaciona directamente con el problema central de la tierra fiscal. (Martínez Estrada, 1948, p. 115).

El indio poseía por derecho natural la tierra y el ganado hasta que comenzó el comercio de haciendas consistente en cueros, astas, cerdas y sebo. A partir de ese momento, tuvo que pelear por las tierras que había cedido bajo la fe de que obtendría cómo vivir en compensación: “cuando eso se les negó”, dice Martínez Estrada, “llevándoseles a una guerra de exterminio, se levantó en masa contra sus enemigos” (Martínez Estrada, 1948, p. 157).

El enfrentamiento entre pueblos originarios y la civilización prevalece como una antítesis en buena parte de la literatura Argentina, desde *La cautiva*, de Esteban Echeverría, hasta el *Martín Fierro*. Martínez Estrada denuncia que en *La cautiva*

Se ha borrado todo recuerdo de la antigua grandeza heroica que encontramos en La Araucana y hasta de la participación de las tribus en las guerras de la emancipación (...) Ya el indio forma hordas de criminales y borrachos, sin ningún vestigio ni conato de humanidad ni de civilización (Martínez Estrada, 1948, p. 188).

La deshumanización de las poblaciones indígenas es el rasgo que encuentra Leopoldo Lugones para erigir al gaucho como el civilizador de las pampas, que concretará el plan iniciado por la conquista española y poblará las tierras con su música y poesía de origen helénico. La operación de tradición selectiva que lleva adelante Lugones reactualiza la obra haciendo un recorte que la convierte en mito prometeico y la vuelve asequible como instrumento a la cuestión inmigrante y clasista.

Lugones no construye una propuesta de identidad nacional que meramente se diferencia de las demás identidades existentes en el mundo, sino que apunta sus cañones hacia los debates internos y alude insistentemente a la existencia de una civilización superior que justifica la destrucción del indio, advirtiéndole contra el inmigrante no culto y la amenaza colectivista. Para ese entonces, la expansión de la cría de ovejas ya había llevado a los gauchos a la periferia lejana, donde desaparecieron rápidamente como grupo social identificable (Rock, 1989, p. 194).

Proveniente de la propia élite que buscaba el mismo objetivo, las ideas de Lugones consiguen fuerte legitimidad en el discurso hegemónico. El poeta llegó a exponer sus escritos en el Teatro Odeón ante un público en el que estaba el presidente de la república, Roque Sáenz Peña:

Lugones, en tanto poeta de la patria, ha obtenido legitimación mediante la repolitización de su discurso (...) de ahí en más la ecuación criollista figurará en el imaginario nacional como una de las que con mayor eficacia habrán intervenido en esta recurrente disputa por saber de veras qué es ser argentino (Terán, 2000, p.359).

Pero las ideas de *El Payador*, que ya circulaban en la élite de la época, no solo obtienen legitimidad política al ser presentadas con el aval de un presidente que buscó funcionar como una bisagra entre el radicalismo y los intereses de la élite; sino que se constituyen en hegemónicas por vía de la acción de diversos actores y procesos, ayudados por el clima de la época. En este rostro de los tiempos se pueden establecer una red de causalidades entre las que podemos entrecruzar el mapa de propiedad de la tierra y el avance de los derechos de grupos sociales postergados durante la presidencia de Yrigoyen como parte de un conjunto de relaciones homogéneas que expresan un mundo central: que la patria está encarnada en un criollo sumiso a la voluntad del patrón de estancia, viril (y machista, dado que *El Payador* no escatima en fijar el rol de la mujer al del hogar y la sumisión), valiente y opuesto al gringo industrial.

Este movimiento de repolitización de su discurso es fundamental en el proceso de tradición selectiva y de circulación del odio que lleva a la legitimación de sus palabras. Según Angenot (2010), la hegemonía discursiva no es algo que exista en el aire. Su base es el Estado-nación que ha llegado ya a la madurez, el espacio social unificado por la expansión de una esfera pública extendida. Existe una relación directa entre la realidad inmaterial de una hegemonía sociodiscursiva y los aparatos del Estado, las instituciones de la sociedad civil, el comercio del libro y del periódico. Además, “la hegemonía es aquello que produce lo social como discurso, es decir, establece entre las dos clases la dominación de un orden de lo decible que mantiene un estrecho contacto con la clase dominante” (Angenot, 2010, p. 50).

El texto consagrado o considerado como texto canónico, es también un instrumento de prestigio en la sociedad. Al hablar de textos consagrados, nos referimos a textos con los que la burguesía construye un mundo a su propia imagen, herramientas que son sustento de la hegemonía puesto que, según Angenot,

La hegemonía se compone de reglas canónicas de los géneros y los discursos (incluido el margen de variaciones y desviaciones aceptables), de las precedencias y estatus de los diferentes discursos, de las normas del lenguaje correcto (incluyendo también el control de los grados de distribución de la lengua, desde el alto estilo literario hasta el vale todo de la escritura periodística popular) y de las formas aceptables de la narración, de la

argumentación y, de manera más general, de la cognición discursiva, y un repertorio de temas que se imponen a todos los espíritus, pero de tal suerte que su tratamiento abre el campo de debates y disensos regulados por convenciones de forma y de contenido. (Angenot, 2010, p. 31-32).

Retomando la cuestión de los discursos sociales, señalamos aquí que los géneros canónicos se dirigen a un destinatario implícito legitimado a su vez en el momento que se le da el derecho de fiscalización sobre quienes no tienen derecho a la palabra (locos, criminales, niños, inmigrantes, indígenas, mujeres: individuos primitivos). La hegemonía funciona aquí como una alocución distintiva, identitaria, que produce los medios de discriminación, legitimidad e ilegitimidad (Angenot, 2010).

Al constituirse el *Martín Fierro* como texto canónico, y al ser dotado de la iconografía ya mencionada, la élite local pasa a detentar tal derecho de fiscalización, que los habilitaría a ejercerlo sobre las poblaciones excluidas de la palabra. Además, dice Angenot,

Los discursos legítimos sirven menos para someter a los dominados (que se dejan dominar, nos recuerda Pierre Bourdieu, por la fides implícita de su habitus servil) que para reunir, motivar y ocupar los espíritus de los dominadores, que necesitan ser convencidos para creer. (Angenot, 2010, p.37).

Es en este aspecto donde *El Payador* se introduce como un elemento sobre el que se cristalizan diversas relaciones a partir de los elementos de la mitología que busca imponer. A través de la norma lingüística elevada y su canon de géneros y discursos, la hegemonía

Forma un dispositivo favorable a la clase dominante, a la imposición de su dominación, porque el costo de adquisición de *skills*, de competencias de producción y de recepción, es elevado, y las formas de ‘derroche ostentador’ producen en armonía con los modos de vida y el ethos de las clases privilegiadas. (Angenot, 2010, p. 36-37).

La producción hegemónica de la norma lingüística implica una escala de distinciones, su disimilación en diversos idiolectos, más o menos canónicos, que se refieren al tipo ideal, al tiempo que señalan identidades sociales. Al erigirse *El Payador* en un texto canónico, la obra

lleva adelante operaciones de inclusión/exclusión: el texto presenta un ciudadano del tiempo presente con una herencia gauchesca, sacrificada en el altar de la cultura para que pueda existir la identidad nacional. Al mismo tiempo, la obra sostiene un discurso segregativo, señalando a los sujetos excluidos, marcando límites a la obtención de derechos e incluso a la dignidad humana, actuando como un discurso de odio.

Ya se encuentran en *El Payador* varios de los elementos antidemocráticos que Lugones pondrá en marcha más adelante: en particular utiliza un pasaje del *Martín Fierro* para justificar su postura a partir de las tribulaciones del gaucho donde se ve un antecedente de su postura anti-institucional:

¡La política! He aquí el azote nacional. Todo lo que en el país representa atraso, miseria, iniquidad proviene de ella o ella lo explota, salvando su responsabilidad con la falacia del sufragio. La situación del gaucho ante esa libertad de pura forma cuyo fruto es la opresión legalizada del que la ejerce, Martín Fierro va a formularla:

El nada gana en la paz

Y es el primero en la guerra

No le perdonan si yerra,

Que no saben perdonar.

Porque el gaucho en esta tierra

Solo sirve pa' votar. (Lugones, 1972, p. 200).

Como hemos dicho, la Ley Sáenz Peña constituye el disparador para varios conflictos ligados a la ampliación de derechos y la legitimación de masas antes no representadas (aunque sin incluir a las mujeres): la élite nacional ve en estos movimientos un peligro para su *status* y lugar de centralidad en la sociedad argentina.

Concluimos, entonces, que el avance de las reivindicaciones y derechos del público en general, y de los movimientos izquierdistas en particular, motivó una reacción temerosa por parte

de las élites y de grupos mejor posicionados económicamente, que pasaron a temer la pérdida de sus propiedades y privilegios. La sociedad, mezclada y diversa, necesitaba de fuerzas que cohesionaran una identidad colectiva nacional a la vez que cumplieran el propósito de excluir los elementos indeseables que ponían en peligro las propiedades de la élite. La educación fue uno de los mecanismos propuestos y sin duda operó en este sentido, pero la construcción del Alma Nativa buscada por Leopoldo Lugones es la consolidación iconográfica del criollo como el verdadero dueño de estas tierras.

El trabajo de *El Payador* sobre el *Martín Fierro* inviste a la obra de los rasgos ideológicos de la élite agroganadera. Esto sirve para llevar adelante la operación de definición e identificación cultural y social que supone la tradición selectiva. Esta acción no vino exenta de antisemitismo, pánico hacia los movimientos de izquierda e inclusive un desprecio al rol de la mujer. Pero también, como veremos en el próximo capítulo, se irá consolidando de a poco un sentimiento anti sistémico contra la democracia representativa que, lejos de atacar a los poderes económicos, se ocupó de atentar contra las solicitudes de las minorías y sectores excluidos.

La consolidación de este mito crea una *episteme* repleta de saberes acerca de todo aquello que no cuadre en la figura del ser nacional. Esto habilita la operación de exclusión de los elementos extranjeros, poco masculinos, izquierdistas e indeseables en pos de un deber ser que se traduce en un ideal. Es interesante preguntarse si los miembros de la élite de la que parten estas apreciaciones son portadores de las características que ensalzan, o si se trata de una realidad mítica que se limita a constituir un *Otro* en la vida política y social reafirmando la propia pertenencia a un conjunto legítimo de ciudadanos que tienen en común poder económico y territorios pero no precisamente los elementos que hacen a ese ser nacional.

El sentir antisistémico como equivalente a la realización de atentados contra el aparato democrático puede tener raíces en este universo de sentidos: la sucesiva cantidad de golpes cívico-militares durante el siglo XX y los períodos de democracia tuteladas son un síntoma más de que en varias ocasiones el clima de época concluyó que la democracia era el origen de los

males de la nación, y que podría regresar el peligro de la barbarie indígena y de los vencidos de Caseros.

Al mismo tiempo, el gaucho que se nos presenta es un hombre sentimental pero aguerrido y valeroso, cuyo único resquicio de femeneidad podría verse, desde esta óptica, en su amor por la música y la poesía, lo cual sienta las bases para escindir cualquier motivo no-masculino de lo deseable para ser un buen criollo. Si no es la homofobia lo que se fortalece con esta acción, es por lo menos una aprensión por las formas poco masculinas (entendidas en relación a los elementos que conforman este universo de sentidos tales como el ejercicio de la violencia, la superioridad sobre la mujer, la valentía y rasgos por el estilo). En contraposición, se consolida así también a la mujer como un sujeto de naturaleza pasiva que es raptado, rescatado, tomado por esposa o abusado, ya sea por la violencia gaucha o la barbarie indígena.

Las fuerzas extranjeras, presentes ya en la figura del gringo industrial y avaro tendrán una fuerte primacía a la hora de alimentar las fantasías de privilegio desplazado y paraíso perdido de la élite y ciertos sectores aspiracionales.

Si estos sectores a principios del siglo XX eran considerados como portadores de ideologías destructivas a la nación, a principios del siglo XXI no será necesaria una oleada inmigratoria para que la bancada neoliberal tema por el avance de nuevos derechos civiles, sino que bastará con ese elemento heredado de supuesta subversión que atenta contra los ciudadanos de bien para alimentar el temor y, por ende, el odio.

En síntesis, el proceso que se inaugura con una inquietud intelectual por construir un fondo de recursos y elementos culturales que unifiquen una idea de nación hace acopio de personajes que otrora fueron despreciados por la élite local que, a través de un mecanismo de apropiación por el que limpian al gaucho de la valoración negativa que tenía anteriormente, se consolida con una nueva idea de argentinidad, necesaria para legitimar la lucha contra los elementos que ponen en riesgo la hegemonía de la élite. El odio será un factor importante en la conformación del orden oligárquico, y permanecerá latente a lo largo de la historia puesto que es parte de nuestra conformación ideal de lo que es la nación.

3ra parte: El odio en la política

Luego de lo expuesto, resta encarar una descripción más específica de los mecanismos a partir de los que opera el odio en las construcciones políticas y sociales, entendiéndolo como un mecanismo afectivo, ideológico y discursivo que, por un lado, habilita acciones en el marco de las interacciones, puesto que es un discurso social, y por el otro construye un *Otro* que no sólo es definido como amenaza y adversario, sino que además nos configura dentro de un estrato y un compendio de valores y liturgias propios de nuestro grupo social, invistiendo al sujeto de una identidad a través de la construcción de un lazo social fundado en el miedo.

Los discursos de odio, entendidos como discursos sociales, habilitan acciones y nuevos discursos en el plano de las interacciones. Entendemos, siguiendo a Angenot (2010), que la representación de los discursos sociales está investida de un carácter monopólico, puesto que su función más importante es la de producir y fijar legitimidades, validaciones, gustos e informaciones. Como sostiene el historiador Elías Palti (2009), un texto no es un mero reflejo de su contexto de producción sino que construye, de algún modo, su propio contexto: al investirlo significativamente, el texto produce simbólicamente su entorno. Se trata de la dimensión performativa del lenguaje, por la que no se puede disociar lo que se dice de la manera y lugar en que se lo dice, los públicos a los que se dirige y los fines discursivos que persigue.

Tal como señala la teoría de interacción generalizada de Bajtín (1978) que recupera Angenot, los enunciados son eslabones de cadenas dialógicas que no se bastan a sí mismos sino que son reflejos unos de otros y están llenos de ecos y de recuerdos, penetrados por “visiones del mundo, tendencias, teorías de una época” (Angenot, 2010, p. 24). Al ser investido de legitimidad, todo discurso social ayuda a legitimar prácticas y maneras de ver, asegurando beneficios simbólicos para unos. En la contracara, encontramos que en el discurso social se identifican las formas de la dominación (clases, sexos, privilegios y poderes) y delimitando fronteras a la obtención de derechos para otros. Los discursos de odio construyen narrativas que delimitan fronteras a la obtención de derechos, según Ana Kiffer (2020), estos derechos están

ligados a la representatividad y la legitimación de individuos de cierto origen social como ciudadanos, es decir, sujetos de derecho.

Por esto es que las expresiones de odio son, como mencionan Torres y Taricco (2021), verdaderas amenazas a los derechos humanos, puesto que su intencionalidad es poner un límite al legítimo ejercicio ciudadano a través de “articulaciones discursivas que buscan impedir en el otro el derecho a la libertad y la igualdad” (Torres y Taricco, 2021, p. 64), así como “construcciones sociales que amenazan la vida de las personas, atentan contra la dignidad ciudadana o buscan la autocensura y el silencio”, marginando del debate público a determinados sectores (Torres y Taricco, 2021, p. 86).

Las expresiones de odio se utilizan para segregar, acosar y perseguir por motivos de origen étnico, sexualidad, sexo, y religión. Se trata de dispositivos que funcionan independientemente de los usos que cada individuo les atribuye, que existen fuera de las conciencias individuales y que están dotados de un poder social en virtud del cual se imponen a una colectividad, con un margen de variaciones, y se interiorizan en las conciencias, lo cual se condice con la noción de *hecho social* de Emile Durkheim (Angenot, 2010). Las prácticas discursivas son hechos sociales y, en consecuencia, también hechos históricos. El mecanismo del odio justifica la acción estigmatizante hasta convertirlo en un imperativo moral y justificado. Para incluir un ejemplo de esto, podemos mencionar que en *La cuestión Judía*, Jean Paul Sartre observa que el antisemita tiene a la consciencia de su parte, siendo criminal por un buen motivo. “La Francia *verdadera*, a la que el judío no pertenece, le ha delegado sus poderes de alta justicia” (Sartre, 1988, p. 46). El término de *antisemitismo*, de hecho, es creado por el periodista alemán Wilhelm Marr, quien lo acuña como la “defensa de la germanidad contra la amenaza judía” (Traverso, 2018, p. 87).

Las afirmaciones que justifican el genocidio de indígenas, el problema judío e incluso la propia desaparición del gaucho son justificados a través de narrativas que se quieren erigir a sí mismas como objetivas, ganando de esa forma un carácter de verdad, como si estuviesen despolitizadas y exentas de carga ideológica y dejando en el margen las desavenencias con dichas concepciones. Una vez más, es importante aludir al clima de época en que estos nuevos

poderes se consolidaron para referirse al indígena como un reducto de la incivilidad al que fue necesario conquistar, a la mujer como portadora de una voluntad pasiva y al gaucho como el avatar masculino de la argentinidad que se ocupó de ser la punta de lanza para habitar el desierto y que desapareció debido a una suerte de obsolescencia humana.

Para pensar en cómo se estableció esta hegemonía, recuperamos a Angenot (2010), para quien la hegemonía se establece en el discurso social, lo cual remite a la manera en que una sociedad dada se objetiva en textos, en escritos y géneros orales, estableciendo la legitimidad y el sentido de los diversos estilos de vida, costumbres, actitudes y mentalidades. Las propuestas que Leopoldo Lugones presentó como el origen del *Alma Nativa* tuvieron en un su momento raigambre institucional al ser presentadas frente a un auditorio donde se encontraba el propio presidente de la Nación, Roque Sáenz Peña, ocasión en las que fue ovacionado. Lugones, perteneciente a la élite porteña, consolidó un texto fundacional que sería la cristalización de una identidad esgrimida para excluir a los elementos que consideraría ajenos, dañinos o peligrosos. Los elementos presentes en *El Payador*, no obstante, se constituyen como parte del discurso de la élite a través de numerosos procesos que *sobredeterminan* la base social. Para que la caracterización del gaucho como origen mítico de la argentinidad se vuelva hegemónica no bastaría con que Lugones fuese ovacionado en el teatro Odeón. Se trata de la acumulación de un conjunto de rasgos que la élite percibirá como valiosos y que elaborará con carácter autocelebratorio; valores que deberá defender frente a cualquier posible amenaza interior o exterior.

Como hemos visto en el capítulo 2, el procedimiento de legitimación-exclusión llevado a cabo por la élite, a la que Lugones puso palabras y dió voz, juega el doble papel de erigir un ciudadano legítimo de origen criollo y raigambre aristocrática ligado a la explotación agrícola; al tiempo que busca excluir de la vida social a los elementos extranjeros y al peligro de izquierda. Por otra parte, los sectores oligárquicos dan comienzo a los ataques contra un gobierno que atiende a los reclamos de sectores antes excluidos y a la participación en el mecanismo representativo, novedad de 1912. Asimismo, se cristalizan las figuras del indio como un ente al que fue preciso destruir, de la mujer (y todo lo femenino) como un ser pasivo asignada por su

condición de género a estar en el hogar y al extranjero como un peligro para los valores locales. Esta misma operación será la que construya las bases del primer golpe militar en la República Argentina, acción cuyo fundamento intelectual veremos plasmado en *La hora del Destino*, texto de Leopoldo Lugones del año 1930, en el que denuncia los males del sistema democrático. Esta ponencia tendrá su antecedente en *La Hora de la Espada*, famosa intervención de exaltación al militarismo pronunciada por el poeta de la nación en 1924 que antecede lo que ocurrirá tiempo más adelante cuando la voluntad militar se imponga sobre los mecanismos democráticos. La fantasía de un orden perdido bajo elementos de izquierda será lo que empuje estas acciones, y la acción de la prensa escrita será la fuerza que opere sobre el clima de época para construir un medio social en el que sea posible un golpe de Estado.

Al relacionar estos discursos con la consolidación del fascismo en el primer cuarto del siglo XX, Finchelstein (2015) no duda en comparar a Lugones con Benito Mussolini cuando señala que ambos coincidieron en la percepción de un núcleo mítico que renovase la política de masas para de ese modo legitimar una posición autoritaria extrema en la cual la soberanía popular se fusionase con las imágenes clásicas del héroe mítico al mismo tiempo que con la dictadura como expresión última del pueblo, el líder y la nación. El mismo autor detalla que el fascismo es al mismo tiempo *realidad mítica* y *construcción*: se presenta como actualización de una fantasía y asimismo como mito viviente para sus seguidores, que encuentran atractivas sus violencias, racismo y jerarquías.

Además, el fascismo constituye una formación política cuyo único motor de regeneración continua es su sagrada voluntad interior: esta voluntad, este ser, es la expresión transhistórica de la nación, que la erige como una entidad trascendente, así es como la realidad presente y pasada se suma al mito (Finchelstein, 2015). Esto se vincula a lo que aduce Enzo Traverso (2018) en relación a que el interés que la derecha manifiesta al hablar de identidad es en realidad la idea de identificación, entendida como las políticas de control social establecidas en Europa desde el siglo XIX. El Otro será objeto de dicha identificación a través del control de los flujos poblacionales y las migraciones internas, el fichaje de extranjeros, delincuentes y subversivos (Traverso, 2018). Lo nacional, entonces, es construido desde una matriz de la que brotan sentidos

y verosímiles (hay personas incluidas y personas excluidas). Sentidos y verosímiles que son puestos en juego en un momento donde circulan acciones, puesto que, como se ha dicho, los discursos sociales delimitan y habilitan. La violencia, según Finchelstein, deviene punto de partida de la política, su fuente de poder y su origen mitológico: la víctima es transformada en un objeto sacrificial (Finchelstein, 2015). Desde un exabrupto verbal hasta la quema de imprentas anarquistas, el odio construye un lugar seguro para el habitante modelo: la *argentinidad*. Al universo de lugares indeseables, corruptores de la moral y del futuro de la nación que llevarían al país a la desgracia del comunismo y la inmoralidad anarquista se oponen la Patria, el territorio, la bandera y el cancionero nacional. Dentro de su inocencia funcionan como la contracara del miedo, miedo que es una parte más de todos los elementos que *sobredeterminan* el odio al que nos referimos. Tal vez el sistema educativo, al inundar a los alumnos de liturgia patriótica, haya contribuido a la perpetuación de ciertos elementos del odio.

Podemos retomar aquí la noción del capitalismo como una máquina de guerra que propone Maurizio Lazzarato (2019) en *El capital odia a todo el mundo*. Según el autor, los capitalistas y sus Estados “conciben sus estrategias (guerra, guerra civil, gubernamentalidad) en relación con la situación del mercado mundial y los peligros políticos que allí se presentan” (p.25). El odio, entonces, es parte de los mecanismos que elaboran el triunfo sobre las clases subalternas, hecho que es parte de la naturaleza y la definición del capital como lo son la moneda, el valor, la producción, etc.

El odio tiene una pretensión jerarquizante desde quien lo ejerce. Al referirse a la cuestión judía, Sartre (1988) señala que es irguiéndose contra el judío que los antisemitas adquieren de súbito consciencia de ser propietarios: “al representarse al israelita como ladrón, se colocan en la envidiable posición de las personas que podrían ser robadas (...) han escogido el antisemitismo como un medio de realizar su calidad de poseedores” (p. 25). Al respecto, Adorno (1965) sostiene que existe una estrecha relación entre el prejuicio manifiesto y ciertos rasgos de una personalidad de naturaleza destructiva. Se trata de una ideología irracionalmente pesimista, que es a menudo una pauta amplia y coherente vinculada a las condiciones económicas, políticas y sociales del individuo autoritario como si fuesen parte de una mentalidad o espíritu. Este tipo de

sujeto, el hombre autoritario es “al mismo tiempo ilustrado y supersticioso, orgulloso de su individualismo y constantemente temeroso de parecerse a los demás, celoso de su independencia e inclinado a someterse ciegamente al poder y la autoridad” (Adorno, 1965, p. 28).

Vinculando lo dicho por Sartre con esta perspectiva de Adorno, entendemos que el rechazo hacia minorías, inmigrantes u otros grupos atacados se basa más en factores presentes en el sujeto odiante y su situación global que en las características inherentes a los grupos que desprecia. “No podemos esperar que los argumentos racionales tengan efectos profundos o duraderos sobre un fenómeno que es esencialmente irracional”, dice Adorno al referirse a individuos que sienten animadversión por otros grupos humanos, “apelar a la compasión cuando se trata de personas que experimentan un gran temor a ser identificados con la debilidad o el sufrimiento puede ser tan perjudicial como beneficioso.” (Adorno, 1965, p 905).

Al analizar el componente psicológico del odio, encontramos que Ernesto Laclau (2005) rescata de Freud la explicación del vínculo social a través de la noción de libido como categoría clave en el proceso de motivación, socialización e identificación de las personas. Los vínculos sociales son concebidos como vínculos libidinales y se relacionan de manera directa, entre otras cosas, con el enamoramiento: los lazos emocionales que cohesionan al grupo son pulsiones de amor que se han desviado de su objeto original y que siguen, de acuerdo con Sigmund Freud, un modelo muy preciso: el de las *identificaciones* (Laclau, 2005).

Laclau encuentra en la conceptualización freudiana dos lógicas sociales posibles que intervienen en la configuración de cualquier lazo social: por un lado el *investimento*, que coloca a una persona o una idea por fuera de la comunidad y traza en función de ésta sus propios límites; y por el otro la *introyección*, que toma un objeto externo y se lo apropia como parte de la identidad comunitaria (Sosa y Sarchman, 2011). Esta conceptualización puede sernos de utilidad para comprender la construcción identitaria del fascismo, considerada por Freud como una ideología regida por la irracionalidad, cualidad que refleja en espejo la desafección psicótica de los individuos como un rechazo colectivo de la realidad y una expresión de la pulsión de muerte devenida en autodestrucción. Así, el fascismo transforma tanto al Otro como al Yo en objetos que pueden neutralizarse y eliminarse, objetualizando al Yo a través de su sacrificio, debido a

que la subjetividad resultante se da a partir de la necesidad de enmascarar el deseo con palabras y símbolos (Finchelstein, 2015).

En *La personalidad autoritaria*, el fascismo y el odio son conceptualizados por Theodor Adorno (1965) como fenómenos que se nutren de la apelación a las emociones del miedo y la destrucción, mientras que el amor (*eros*) es una fuerza que pertenece principalmente a la democracia. Y a esto sumamos lo que postula Diego Tatián cuando detalla que “en la Ética, Spinoza nos dice que el odio -y el amor- se incrementan con la imaginación de la libertad de quien lo provoca. (...) El odio no es sino la tristeza acompañada por la idea de una causa exterior” (Tatián, 2021, p.38). El sujeto odiante es un ser temeroso que se refugia en una concepción del mundo a partir de la que excluir al otro es necesario para mantener su integridad y la de lo que lo rodea, sobre todo aquello que mantiene el andamiaje sobre el que existe. La persona en la que opera el odio construye su subjetividad a partir de una exclusión del mundo, para sumirse en los elementos que conforman su ideología, puesto que, “el odio es una de las formas elementales que asume el desacuerdo y la desavenencia: elemental como el amor, es una de las relaciones sociales más básicas, aquella en virtud de la cual un ser humano es causa de la tristeza o de la impotencia de otro” (Tatián, 2021, p.34).

Según Adorno (1965), hay un tipo de sujeto autoritario, ilustrado y supersticioso que ansía someterse al poder y la autoridad. En la doble función de segregar e incluir de la que participa el odio, este tipo de sujeto tomará parte en el escenario social apoyando las narrativas de exclusión, y se basará en principios legitimados a través de una operación particular.

Además, debemos reiterar que el discurso de odio se utiliza para restringir derechos, al tiempo que habilita nuevas acciones y discursos reconfigurando el juego lingüístico social y político. Retomamos en este sentido la importancia del mito como elemento fundacional para esa mera realidad conocida por todos: del insulto al balazo, las afirmaciones se hacen bajo una pretensión de objetividad, de mera realidad que evoca una verdad supuestamente conocida por todos. Estas son acciones pasionales que buscan transformar al Yo y al Otro en objetos que

pueden eliminarse, enmarcando el deseo con palabras y símbolos. Como mencionan Torres y Taricco, el Otro:

Resulta siempre menos conocido por sus propios atributos que por las fantasías y temores que encarna (...) Estas presuposiciones sobre el otro, que existen bajo la forma de miedos o temores desde épocas inmemoriales, articulan en períodos de incertidumbre política y social una serie de explicaciones evidentes sobre las dificultades que se atraviesan (Torres y Taricco, 2021, p.63).

Al mismo tiempo que destacamos que el odio tiene su sustento en la percepción del otro como una amenaza, en la desconfianza que motiva el desconocimiento de su identidad y sus intenciones, debemos también tener en cuenta lo que aduce Tatián cuando señala que la pasión principal que anima la violencia y el odio de las clases dominantes no es tanto la seguridad como la exclusividad:

Incluso cuando no se trata de un bien escaso, el conflicto no irrumpe tanto por su posesión sin más, sino por evitar su goce por otro revelado a nuestra imaginación, y que por tanto se presenta primariamente como espectralidad: si imaginamos que alguien goza de una cosa que uno solo puede poseer, nos esforzaremos por lograr que no la posea (...) Las pasiones de exclusividad están en el origen de la discriminación en cualquiera de sus variantes y revelan una cierta sintonía con el motivo lacaniano del goce del Otro como fantasma neurótico (...) cuya formulación puede ser resumida del siguiente modo: si otro goza, por el solo hecho de que lo hace, yo ya no puedo hacerlo (Tatián, 2021, p.42).

Es importante para este trabajo el hecho de que el *Martín Fierro* haya sido legitimado como una importante obra canónica por la élite a la que Lugones dio voz, puesto que será usado para legitimar las ideas políticas del poeta y la clase social a la que pertenecía. La obra de Lugones se dirigía a un público específico, emisor y destinatario de su cosmología: este público es quien es legitimado frente a la barbarie indígena, el avaro judío, la débil femineidad y la amenaza inmigrante. No se trata en sí de una idea de Nación, sino de un orden de las cosas.

Una vez más, la noción de *república* se contrapone a la de la *democracia*. Los defensores de esta contraposición buscan revalidar un supuesto sistema virtuoso que fue lamentablemente corrompido en 1912 y que profundizó su decadencia a lo largo de todo el siglo XX. El temor a la destrucción de los valores morales también acompaña los discursos de odio que percibimos hoy.

En nuestros días, los resabios del comunismo del siglo XX son temidos por los liberales-conservadores como si potencias como Rusia y China (dejando de lado sus intereses geopolíticos actuales) tuviesen el mismo sistema de gobierno que hace cincuenta años atrás, lo cual se suma a una oposición contra la expansión de derechos a minorías, ya se trate de las mujeres, la comunidad LGBTIQ+ o de reivindicaciones laborales. En relación a estos grupos, el gesto peyorativo hacia ellos se expande junto a las políticas inclusivas que la nueva derecha considera demagógicas. El odio se expande entre quienes idealizan el pasado de una nación que a fines del siglo XIX tenía uno de los mayores PBI per cápita del mundo¹¹, y que habría perdido su *status* de potencia por culpa de la demagogia y el sistema representativo, que sería, en palabras de Borges, un curioso abuso de la estadística.

La acción de los medios de comunicación que dan espacio y funcionan como cámara de resonancia para estos discursos de odio es un hecho que no debe ser minimizado, puesto que es la vía a la institucionalización paulatina de estas expresiones. Por un lado, influyen en la discursividad epocal y en la concepción que sostiene que un sistema netamente corrupto no puede rescatarse de otra forma que no sea con la destrucción de varias de sus instituciones (el Banco Central, el Ministerio de las Mujeres, el INADI, las empresas nacionales, entre otras). Por el otro lado, contribuyen al lanzamiento político de estos *outsiders* que vendrían a modificar el sistema desde dentro.

Pero las narrativas del odio en Argentina son anteriores al siglo XX. Están presentes en los escritos de Sarmiento, Echeverría y Alberdi con antecedentes en Rivadavia. Durante el proceso de creación de una identidad nacional vinculada a una idea mítica de nación de origen

¹¹ Como si aquello hubiese implicado que la distribución de ingresos y salarios se correspondía con las ganancias extraordinarias del sector agrícola-ganadero.

europeo cuyo faro cultural sería Francia, Alemania y Gran Bretaña, las narrativas de odio tuvieron un rol importante.

Al referirse a ese momento cultural del país, el historiador Elías Palti (2009) alude a que una identidad nacional presupone la idea de unidad a partir de la existencia de ciertos rasgos comunes que pueden reconocerse por igual en los connacionales de todos los tiempos, regiones y clases sociales; pero que es también importante la idea de exclusividad, de modo que tales rasgos sirvan para distinguir a los connacionales de las demás comunidades. Una característica adicional es que estos rasgos comunes deben ser reconocibles como universalmente valiosos, encarnando valores incontestables que justifiquen su existencia y su defensa ante cualquier posible amenaza interior o exterior: “la historia nacional genealógica”, dice Palti, “tendrá un carácter eminentemente auto-celebratorio”. (Palti, 2009, p. 26). Desde este punto es que entendemos la importancia del mito como elemento fundacional. No es casualidad que Leopoldo Lugones buscara en el *Martín Fierro* elementos que le permitieran tomarlo como un poema épico.

En resumen, el odio funciona como una matriz de la que brotan enunciados, producciones de sentidos, puesto que se trata de un discurso social, con lo cual habilita acciones en el campo de las interacciones. Este odio se cristaliza en los textos canónicos y en lo ideológico como parte de un mecanismo de inclusión-exclusión de corte afectivo con una fuerte impronta tanática. En el caso de la conformación del odio en la política argentina han estado presentes la misoginia, la xenofobia, el culto a la masculinidad en contraposición a lo femenino y la descalificación participativa de todos aquellos ciudadanos que no pertenecen a la élite agroganadera. Al día de hoy, la dicotomía entre sectores sociales sobrevive en los imaginarios culturales a fuerza de los resabios de ese odio. Estos discursos buscan ganar legitimidad para habilitar acciones sobre los sectores cuyos derechos intentan restringir. Así, el país se dirime entre un sector virtuoso y responsable del crecimiento del país y los elementos que traen el caos y la miseria, portadores de ideologías antinacionales (puesto que la élite sigue siendo el avatar de lo argentino) y características indeseables.

Conclusiones

De lo anteriormente expuesto, podemos concluir que los discursos de odio fueron un componente importante de los procesos políticos de principios del siglo XX, cuando la fantasía de orden natural perdido por parte de la élite porteña hizo brotar ideas reaccionarias que acompañaron la conformación de asociaciones paramilitares y al golpe de Estado de 1930. Los derechos democráticos y las luchas reivindicativas de los sectores populares habían hecho sentir a las clases dominantes que su hegemonía estaba en riesgo, y a través de discursos autoritarios, xenófobos y anti democráticos, construyeron un otro como amenaza de un orden natural, cultural e identitario, encarnado por el gaucho.

Así, estos discursos, que hoy llamamos de odio, al funcionar como matrices productoras de sentido, es decir discursos sociales, operaron como mecanismos ideológico-afectivos que se activaron ante la amenaza de un desplazamiento en el poder político. Este mecanismo surge desde el temor a los inmigrantes y los sectores populares urbanos que eran percibidos como riesgosos social, económica y políticamente, y de una supuesta pureza identitaria de la élite.

La identificación del gobierno democrático con una demagogia afín a los intereses de una conspiración comunista que buscaba socavar los valores nacionales y tradicionales, se sumó a la preocupación y repudio por parte de la antigua élite gobernante, vinculada a un proyecto de país agroexportador.

Así, entendemos que el odio conformó un lugar central en la configuración del orden oligárquico. A nuestro juicio, los escritos de Leopoldo Lugones, que hemos analizado a lo largo de este trabajo, contienen elementos que podemos vincular con narrativas que intentan poner límites a la obtención de derechos, que justifican la violencia hacia ciertos grupos sociales y que buscan crear un orden mítico que en su extravío legitime a un grupo de personas por sobre los demás: la deshumanización del indio, el trato peyorativo hacia la mujer, el cinismo frente al sistema democrático, configuran una tradición política y discursiva que se perpetúa en los discursos de odio actuales. Tradición sobre la que Lugones consolidó, a través de un proceso selectivo, textos canónicos que encarnaron estos discursos y los sumaron a nuestro repertorio

cultural. Estos textos fueron las bases sobre las que se legitimaron los discursos violentos, antidemocráticos y de exclusión de principios del siglo XX.

Si uno de los objetivos manifiestos de los discursos de odio es restringir derechos para un sector de la población que es percibida como un *Otro* desestabilizador del buen orden, podríamos pensar que la incidencia de esta narrativas fueron centrales en el golpe de Estado 1930 que buscó limitar el derecho a la participación ciudadana mayoritaria en el sistema electoral.

De esta manera, podemos concluir que el proceso que llevó al golpe de 1930 y a un momento de importante consolidación de la derecha nacionalista y fascista en la Argentina, se nutrió del odio como un elemento central en una máquina de guerra contra todos los factores ajenos al proyecto socioeconómico de la élite desplazada, restaurando el orden político a partir de esta destrucción creativa de la democracia a través de los golpes de Estado, y subordinando fácticamente a clases y sectores que habían conseguido algunas reivindicaciones económicas, sociales y políticas bajo los mandatos democráticos.

El desprecio al inmigrante, al izquierdista, a la mujer que no cumplía con su rol tradicional, a quien reclamaba en busca de derechos y en definitiva a la democracia y sus mecanismos representativos, no sólo legitimó el ascenso de Uriburu al poder, sino que también fue un motor para los atentados contra la vida y propiedad de huelguistas y civiles.

Es importante destacar que el pasado colonial de la Argentina configuró la propiedad de la tierra en manos de unos pocos y constituyó una élite que después de 1870 pasó a tener un temor cada vez mayor a que una revolución migrante los desplazara del poder. En respuesta a esto, se elaboraron míticas figuras que personificaron a las fuerzas sociales modernas que temían y odiaban: el gaucho y el indio, el vago y malentretenido, el inmigrante, la mujer feminista y el judío. Análogamente, en la actualidad podemos encontrar figuras denigradas que funcionan como chivos expiatorios para explicar los males de la nación, en el que recaen los que se oponen a la consagración de la ideología del libre mercado. El anticomunismo sin comunistas del que hablaba McGee Deutsch (1986), sigue vigente como un animal marino que emerge a tomar aire durante períodos en los que las clases dominantes se sienten amenazadas en sus privilegios.

Por lo anteriormente expuesto, podemos sostener que tanto en los años '20 del siglo pasado como en los actuales años '20 del siglo XXI, el sentimiento antidemocrático tiene pregnancia en los ataques a las demandas de los sectores excluidos.

En vistas de todo lo anterior, concluimos que existen correspondencias e inquietantes similitudes entre los procesos vividos a principios del siglo XX y las narrativas de odio actuales. En definitiva, la fantasía del orden perdido y el miedo a los portadores de ideologías revolucionarias (o a las iniciativas socialdemócratas de tintes populares) que harían tambalear todavía más el orden conservador fueron elementos que alimentaron el potencial de las ideas reaccionarias, en la historia y en la actualidad. Actualmente, ya no es la élite oligárquica la que detenta estos discursos de odio y que alimenta una fantasía de orden perdido, sino que es el mismo el discurso neoliberal que pone especial énfasis en la protección de la propiedad privada y la libertad de mercado y la culpabilización de todos aquellos que no logran encontrar su lugar en el mercado.

La tradición selectiva opera una vez más en nuestros días construyendo un pasado mítico en el que la Argentina era el país más rico del mundo, una época previa al surgimiento del peronismo y el sufragio universal la población habría tenido acceso a vagones de lujo en ferrocarriles gestionados por empresas británicas, situación que fue destruída en sucesivas olas de demagogia hasta convertir al país en la ruina que sería hoy. Lo que sin duda une a los discursos de odio de ayer y a los de hoy es el rechazo a toda forma de democratización de las riquezas y de participación de los sectores populares (migrantes o locales) en la vida pública.

Retomando la tesis de Theodor Adorno (1965), la situación de los intereses económicos más poderosos va a determinar la imposición de una propaganda antidemocrática para intentar mantener su estatus dominante. El factor definitorio del éxito o fracaso de estos discursos será el potencial antidemocrático que exista entre la población.

Tras más de un siglo de embates a la vida democrática, el acceso a un sistema representativo es un bien social que debe ser protegido: la alternancia de gobiernos democráticos, democracias tuteladas, elecciones con el peronismo proscripto y golpes militares parece haber

encontrado (esperamos) un final definitivo el 10 de diciembre de 1983. La vida en sociedad, sin embargo, encuentra mecanismos sutiles de recorte a las libertades. Como se ha visto en este trabajo, la profusión de discursos de odio es una amenaza a la vida democrática y al ejercicio de los derechos.

Bibliografía

Abramovich, V. (2021) *Dilemas jurídicos en la restricción de los discursos de odio*, en *El límite democrático de las expresiones de odio*. Buenos Aires, Argentina. Teseo.

Adorno, T.W. (1965) *La personalidad autoritaria*, Buenos Aires, Argentina, Editorial Proyección

Althusser, L. (2011) *Contradicción y sobredeterminación (notas para una investigación) - La revolución teórica de Marx*. Buenos Aires, Argentina. Siglo XXI.

Angenot, M. (2010), *El discurso social, Los límites históricos de lo pensable y lo decible*. Buenos Aires, Argentina. Siglo veintiuno editores.

Borges, J. L. (1996) *Obras Completas III*, Barcelona, España. Emecé Editores.

Borges, J. L. y Edelberg, B. (1998) *Leopoldo Lugones*. Buenos Aires, Argentina. Emecé Editores.

Caletti, S. (2011) *Sujeto, política, psicoanálisis. Discusiones althusserianas con Lacan, Foucault, Laclau, Butler y Zizek*. Buenos Aires, Argentina. Prometeo Libros.

Evans, D. (2007) *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano*. Buenos Aires, Argentina. Paidós.

Ferrer, C. (2009) *El día de la escarapela. Internacional, nacional, extranacional*. En revista Otra Parte n° 18, Buenos Aires, Argentina.

Finchelstein, F. (2015) *El mito del fascismo: de Freud a Borges*. Buenos Aires, Argentina. Capital Intelectual.

Foucault, M. (2018) *La arqueología del saber*. Buenos Aires, Argentina. Siglo XXI Editores.

Halpern, G. (2021), *Todo lo simple se desvanece en sus complejidades*, en *El límite democrático de las expresiones de odio*, Buenos Aires, Argentina. Teseo.

Jauretche, A. (2008) *Manual de zonceras argentinas*. Buenos Aires, Argentina. Ediciones Corregidor.

Jauretche, A. (1957), *Los profetas del odio*. Buenos Aires, Argentina. Ediciones Trafac.

Kiffer, A. (2020), *El odio y el desafío de la relación*, en *Las vueltas del odio – Gestos, escrituras, políticas*. Buenos Aires, Argentina. Eterna Cadencia Editora.

Laclau, E. (2005) *La razón populista*. Buenos Aires, Argentina. Fondo de Cultura Económica.

Lazzarato, M. (2020) *El capital odia a todo el mundo. Fascismo o revolución*. Buenos Aires, Argentina. Eterna Cadencia SRL.

Lugones, L. (1972) *El Payador*. Buenos Aires, Argentina. Editorial Huemul SRL.

Lugones, L. (1998) *La hora de la espada y otros escritos*. Buenos Aires, Argentina. Libros Perfil S.A.

Martínez Estrada, E. (1948), *Muerte y transfiguración de Martín Fierro – Ensayo de interpretación de la vida argentina*. Pánuco, México. Fondo de cultura económica.

McGee Deutsch, S. (1986), *Contrarrevolución en la Argentina, 1900-1932*, Buenos Aires, Argentina, Universidad Nacional de Quilmes.

McGee Deutsch, S. (1999), *Las derechas – La extrema derecha en la Argentina, el Brasil y Chile, 1890-1939*. Buenos Aires, Argentina. Universidad Nacional de Quilmes.

Palti, E.J. (2009) *El momento romántico. Nación, historia y lenguajes políticos en la Argentina del siglo XIX*. Buenos Aires, Argentina. Eudeba.

Rock, D. (1989), *Argentina 1516- 1987 – Desde la colonización española hasta Raúl Alfonsín*. Buenos Aires, Argentina. Alianza Editorial S.A.

Rotzinger, L. (y otros) (2007). *Crispados*. En Página 12. Recuperado de: <https://www.pagina12.com.ar/diario/especiales/18-91201-2007-09-12.html>, consultado el 3 de mayo de 2022.

Rouquié, A. (1986) *Poder militar y sociedad política en la Argentina – Tomo I*. Buenos Aires, Argentina. Hyspamerica.

Rousso, H. (2007), *La trayectoria de un historiador del tiempo presente, 1975-2000 en Historizar el pasado vivo en América Latina*. Buenos Aires, Argentina. Editorial Sudamericana.

Sartre, J.P. (1988) *Reflexiones sobre la cuestión judía*. Buenos Aires, Argentina. Editorial Sudamericana S.A.

Sosa, M. y Sarchman, I. (2011), *Significante y goce en el pensamiento político. Un abordaje desde Ernesto Laclau y Slavoj Zizek*, en *Sujeto, política, psicoanálisis. Discusiones althusserianas con Lacan, Foucault, Lacan, Butler y Zizek*. Buenos Aires, Argentina. Prometeo Libros.

Stefanoni, P. (2022), *¿La rebeldía se volvió de derecha?* Buenos Aires, Argentina. Siglo veintiuno editores.

Tatán, D. (2021), *El odio*. Buenos Aires, Argentina, Ediciones UNGS.

Terán, O. (2000), *El pensamiento finisecular en Nueva historia argentina, tomo V: El progreso, la modernización y sus límites, 1880-1916*. Buenos Aires, Argentina. Sudamericana.

Torres, N. y Taricco, V. (2021) *Los discursos de odio como amenaza a los derechos humanos*, en *El límite democrático de las expresiones de odio*, Buenos Aires, Argentina. Teseo.

Traverso, E. (2018) *Las nuevas caras de la derecha*. Buenos Aires, Argentina. Siglo Veintiuno Editores S.A.

Williams, R. (1997) *Marxismo y Literatura*. Barcelona, España. Península.

Zuleta Álvarez, E. (1975) *El nacionalismo argentino*. Buenos Aires, Argentina. Ediciones La Bastilla.